España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
Redacción y Administración: Tacuba, 15
Director: MANUEL ALBAR
PRECIO: 25 CENTAVOS
Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año I | México, D. F., 3 de Junio de 1944 | Núm. 18

ECOS DE UN DISCURSO

CHURCHILL Y FRANCO

EXPLICACION DE LO INEXPLICABLE

El desgraciado discurso de Winston Churchill no ha decepcionado solamente a los republicanos españoles, acreedores a mayor respeto del que nos concede el primer ministro británico. Se han sentido igualmente burlados cuantos identifican la causa de las NN. UU. con el triunfo de la democracia en el mundo. La reacción no se ha hecho esperar. Y junto a silencios periodísticos que son, por sí mismos, acusadores, abundan en la prensa americana, y también en la inglesa, comentarios acerbos para un discurso que es, a todas luces, impropio de las cualidades de inteligencia y firmeza de carácter que le reconocemos a Winston Churchill. El propio Roosevelt ha dejado entrever su disconformidad con algunas de las afirmaciones hechas por el ministro inglés. Cabe dar por seguro que el discurso de Churchill suscitará todavía muchas y muy variadas polémicas.

El extenso trabajo a que sirven de entrada esta líneas, original de Carlos Esplá, es un magnífico estudio de la situación internacional, vista a través del discurso de Mr. Churchill, y examinando sus antecedentes y sus posibles consecuencias. Constituye una glosa completa y minuciosa del discurso y un examen agudo del panorama político, especialmente en aquellos aspectos que más pueden interesarnos a los republicanos españoles. Tenemos la certeza de que nuestros lectores habrán de agradecernos vivamente su publicación

CONJETURAS

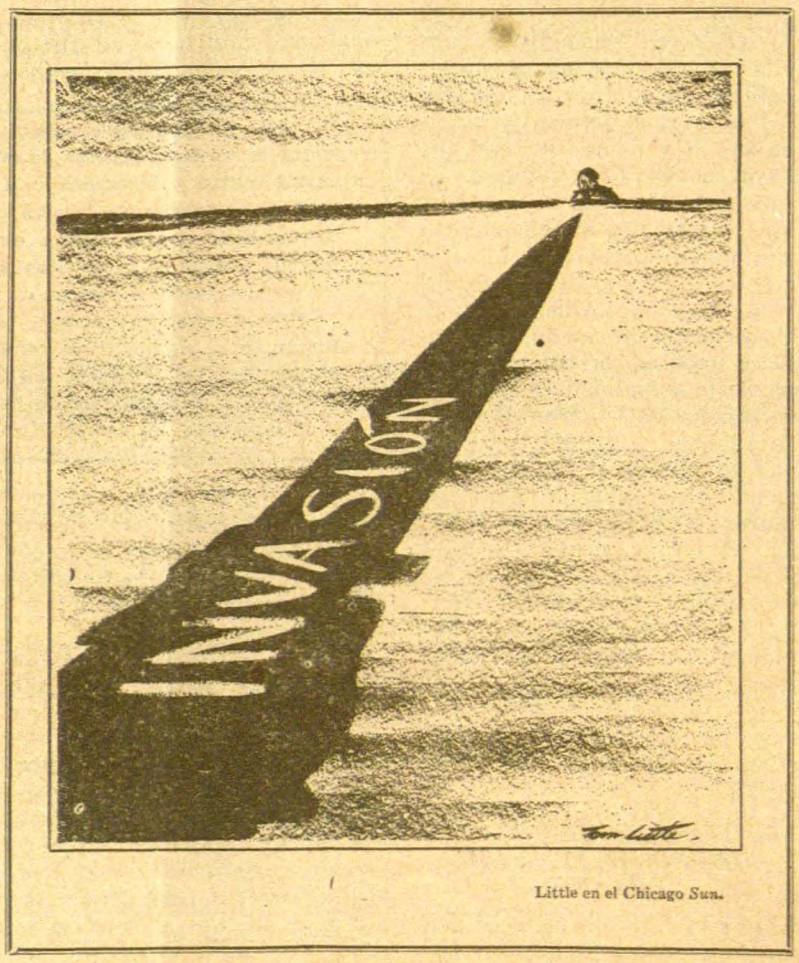
¿Qué objetivo político ha perseguido el señor Churchill al dedicar al dictador español tan exagerados encomios y al protegerlo, con su gran autoridad, de los ataques que solían dirigirle, por su ayuda a Hiter, muchos políticos y escritores ingleses? Los comentaristas más benévolos tratan de explicarse el sorprendente ditirambo churchilliano haciendo conjeturas, de las cuales las más lógicas son las siguientes: Una: Churchil intenta atraerse a Franco en vísperas de la invasión, por si su desarrollo militar requiriese en determinado momento algún concurso del gobierno español; otra: Churchill trata de provocar, con su declaración de amistad a Franco, la ruptura definitiva de éste con Hitler, es decir, intenta restar un aliado potencial a la Alemania nazi.

Cualquiera de ambas hipótesis podría tener fundamento si el juego o la intención que entrañan no fuesen demasiado pueriles, impropios, por lo tanto, para engañar a un zorro gallego como Franco. Pero, aun quienes las estiman lógicas, consideran que los elogios tributados por el Premier británico al siniestro personaje español resultan exagerados para lograr los fines concretos que, según tales conjeturas, constituyen la meta política de Churchill. Con mucho menos se hubiese contentado el Generalísimo.

A nosotros no nos satisfacen por su misma simplicidad, tales explicaciones, cuya inconsistencia salta a la vista. Preferimos buscar otra razón al extraordinario acto político realizado por el jefe del gobierno inglés. Se trata, a juicio nuestro de la expresión pública de una política rodeada hasta ahora de cierta reserva y que constituye el punto de vista personal de mister Churchill sobre los problemas europeos, entre los cuales ocupa lugar esencial el español.

EL PENSAMIENTO DE UN IMPERIALISTA Y CONSERVADOR INGLES

Es seguro que tal punto de vista personal de mister Churchill no es exclusivo suyo, pues, sin duda alguna, lo comparten los miembros conservadores del gobierno inglés, pero nos resistimos todavía a creer que lo suscriban igualmente los ministros laboristas y aun los liberales ingleses. Para mayor claridad, podríamos decir que dicho punto de vista es el de la Inglaterra conservadora e imperialista, de la cual es el señor Churchill su más conspicuo representante, lo que no le impide ser también un perfecto demócrata en la política interior inglesa, es decir, en la estrictamente insular. La decepción causada por el último discurso del estadista británico entre los republicanos españoles, obedece a que se consideraba al señor Churchill como un sincero amigo de la República española, para lo cual bastaba recordar la defensa que hizo de su causa durante la guerra y la obstinada oposición que mantuvo contra la farsa de la no-intervención —de la cual, sin embargo, era partidario, según un biógrafo suyo, a reserva de aplicarla lealmente, y como definición de la hostilidad de Churchill tanto al comunismo como al fascismo —y, en general, contra la claudicante politica de Chamberlain frente a las trágicas amenazas de los países totalitarios europeos. Pero deducir de esta actitud un cierto grado de amistad o afecto hacia los republicanos españoles era atribuir al señor Churchill sentimientos que él hubiera estimado notoriamente ingenuos. En primer lugar, un imperialista y conservador inglés considera casi como una insolencia el hecho de que los pueblos continentales, especialmente los de la Europa meridional, se pongan un buen día a vivir por su cuenta en régimen de democracia. John Bull no ha comprendido todavía cómo los españoles nos atrevimos a prescindir locamente de los beneficios envidiables que nos reportaba la presencia en el trono de un rey tan distinguido como Alfonso XIII. Por esta razón, cuando Franco se sublevó contra la República, muchos ingleses lo juzgaron como un perfecto caballero que desenvainaba su espada en defensa de la tradición monárquica española; y no fué suceso fortuito el detalle de que Franco dispusiera de un avión inglés para volar a Marruecos, donde inició la sublevación. Mister Churchill fue al mismo tiempo admirador de Franco —en el sentido que acabamos de indicar— y partidario de que la República ganase la guerra. No hay en ello ningun contradicción, como no sea en pura apariencia. Churchill vió claro desde el primer momento que el Caudillo era un monigote de Hitler, y deseaba, por lo tanto, para seguridad del Imperio británico, que se derrotase no a Franco, sino a Hitler, aunque resultase triunfante la República española. El escritor americano Thomas J. Hamilton, en su interesante libro "La España de Franco", lo ha recordado con las siguientes palabras, que copio de la página 19 de la edición española: "Churchill declaraba que, si bien Franco *tenía la razón de su parte, los intereses de Inglaterra exigían la victoria de la República*".



Little en el Chicago *Sun*.

SI HUBIESEN GOBERNADO POINCARE Y CHURCHILL

Resulta, pues, que, en su juego político, Churchill se opuso a Chamberlain, no porque éste desdeñase los intereses de nuestra República, sino porque no defendía los del Imperio británico. El enemigo no fué Franco que lo era únicamente de España, sino Hitler que lo es principalmente de Inglaterra. Del mismo modo, algunos nacionalistas franceses fueron partidarios de nuestra victoria, aunque no simpatizasen con los "rojos"; les bastaba comprender el peligro de la instalación de un régimen hitleriano al otro lado de los Pirineos.

Es indudable que la República Española no hubiera sido vencida si en Francia hubiera estado el poder en manos de un nacionalista conservador como Poincaré o de otro gobernante nacionalista más reaccionario, y en Inglaterra en manos de un imperialista conservador como Churchill, en vez de estar, respectivamente, en las del socialista sentimental León Blum—que, por lo demás, fué un fervoroso partidario de nuestro triunfo— y en las del funesto Chamberlain. Churchill y Poincaré hubieran ayudado, sin duda, a la República española contra Hitler, aunque luego hubiesen procurado debilitarla, porque el nacionalismo francés y el imperialismo británico son tradicionalmente enemigos de la grandeza y poderío de España, grandeza y poderío que sólo puede darle la República, es decir, el pueblo español en acción.

Así se comprende que, cuando pueda darse por extinguida la dependencia de Franco respecto a Hitler, bien por resolución "espontánea" del dictador español o bien por presiones diplomáticas —que en este caso corren a cargo del conocido lavalista sir Samuel Hoare— reaparezca sin tapujos la simpatía de los conservadores ingleses por Franco, de lo cual es un intencionado anticipo el adulador

discurso de mister Churchill. Lo que a éste interesa no es que Franco deje de ser dictador de España, sino que deje de serlo al dictado de Hitler.

LA IMPOTENCIA ANTIBRITANICA DE FRANCO

Cuanto ha dicho el estadista inglés para justificar sus desmesurados encomios a Franco —con legítima irritación de los republicanos españoles y de muchos demócratas de todo el mundo— son cuentos para distraer a lores aburridos. Ni él mismo los cree; pues Churchill es un político de extraordinaria inteligencia y sagacidad, y no es posible que confunda la impotencia en que se vió Franco para agredir a Inglaterra —debido principalmente a la resuelta actitud del pueblo español, sin olvidar lo que la escuadra inglesa representa para un país de muchas costas— con la sombra siquiera de una simpatía franquista por la causa inglesa. No es posible, por ejemplo, que Churchill ignore lo ocurrido en el Marruecos español, al tomar contacto con su frontera el ejército americano que ocupó el Africa del Norte. La línea española estaba custodiada por tropas del Tercio, formadas principalmente por ex combatientes republicanos españoles que, enrolándose en la Legión con nombre supuesto, habían logrado eludir las feroces represalias de Falange. Al llegar los soldados americanos a la frontera franco-española de Marruecos, toda la línea española desapareció. Los legionarios del Tercio en masa, incluso con muchos de sus oficiales, cruzaron la línea de demarcación y se unieron al Ejército americano, vitoreando a las Democracias y ofreciéndose a luchar en sus filas. El general Orgaz tuvo que enviar rápidamente fuerzas moras de Regulares a la frontera, para restablecer la guarnición. ¿Cómo podía Franco, con tales soldados salidos del pueblo republicano español, amenazar a las tropas aliadas en Africa del Norte? Si Franco no marchó contra Gibraltar en los momentos angustiosos de Inglaterra en el Mediterráneo y si tampoco marchó contra las tropas americanas que desembarcaron en Marruecos fué, a pesar de las presiones de Hitler, porque temió al pueblo español, que hubiera abrazado inmediatamente la causa anglo-americana, pasándose a las filas de los libertadores, y no por un gesto caballeroso e indulgente de Franco, o por su supuesta anglofilia (bien acreditada, por otra parte, en sus mensajes de solidaridad y felicitación a Hitler).

Churchill debe estar, pues, convencido de la impotencia del Caudillo para causar el menor daño al pueblo inglés en guerra. Pero, en cambio, no lo cree impotente para seguir dominando al pueblo español, que sometido a su feroz tiranía, no podrá lograr el rango de gran nación que sólo puede proporcionarle la República. Churchill cree, en definitiva, que Franco —y ésta es la mayor ofensa que ha inferido al pueblo español— es todavía un gobernante bastante aceptable para España si se logra hacerle romper con Hitler. Lo cree así, no como demócrata, naturalmente, sino como imperialista y conservador británico, interesado en que España siga sometida a un dictador, para que no pueda ser una gran nación. Recordemos que una de las primeras declaraciones de Churchill al formar su gobierno de guerra fué que no había llegado al poder para que se le deshiciera en las manos el Imperio británico. Churchill no está dispuesto, en efecto, a ceder ni una pulgada de terreno del Imperio ni uno solo de los principios políticos en que se basa la vida del mismo, uno de los cuales es la existencia de una España débil y sometida. Este principio no lo ha inventado Churchill. Se encuentra en el origen mismo del Imperio británico, construído, como se sabe, sobre la mortaja histórica del Imperio español. Cuando Churchill en su último discurso ha hablado de la vigorosa personalidad histórica de España, sabía perfectamente lo que esto quiere decir para un imperialista inglés.

"Franco está perdido, a menos que concurran a rescatarlo Hoare, lord Graft, míster Lenox y el resto de las personas que le salvaron ya una vez. Franco forma parte del sistema hostil contra el cual luchamos. En él se encuentran Badoglio, el rey Víctor Manuel y otros muchos que están cortejándonos".

De "Tribune", de Londres.

LA ILUSION MONARQUICA

No siempre ha creído Churchill, sin embargo, que Franco pudiera ser un gobernante aceptable para los españoles . . . en interés del imperialismo inglés. Durante bastante tiempo los conservadores británicos de tipo churchilliano creyeron que Franco era capaz de una cierta lealtad para Hitler y que estaba ligado definitivamente al sistema nazifascista europeo, al que debe el poder. Mientras Churchill creyó en esa ilusoria consecuencia política del Caudillo, aprobó y alentó los ataques contra su régimen y su persona, y puso sus esperanzas en la restauración monárquica borbónica para sacar a España de la zona de influencia nazi. La monarquía ha sido siempre, en opinión de la mayor parte de los ingleses, la mejor solución española . . . para Inglaterra. Churchill creyó, además, que sólo un rey podría intentar el difícil empeño de desalojar a Franco del poder, y, también, que un rey a quien se le atribuyen sentimientos anglófilos era quien más garantías políticas brindaba a los ingleses.

Pero para restaurar la monarquía en España no basta con que haya monárquicos ingleses; es preciso que también haya monárquicos españoles, aunque no sean en número excesivo, y esto es lo que les falló a mister Churchill y al duque de Alba, quien es simplemente un agente de la política imperial británica y ocupa en la actualidad el cargo de embajador de la Gran Bretaña en Londres. Churchill y el duque de Alba se encontraron sin monárquicos españoles para restaurar la monarquía en España. El único español dispuesto a dejarse convencer por mister Churchill y a abrazar la causa monárquica fué el divertido estadista don Salvador de Madariaga, que tiene en España la misma influencia política, poco más o menos, que, por ejemplo, el señor Goicoechea en Nueva Zelandia.

LA ILUSION DE UN GOBIERNO MILITAR SIN FRANCO

Ante esta falta de materia prima para una brillante restauración monárquica, hubo que desistir, aunque no definitivamente, de tal solución, y entonces se pensó en un gobierno militar, apoyado exclusivamente en el Ejército, que eliminase del poder a Franco y a su Falange, solución que es también la de Gil Robles. Los candidatos para presidir tal gobierno fueron Gómez Jordana y Aranda. La conspiración se fraguó en la propia residencia diplomática de sir Samuel Hoare, en Madrid, y de España salieron agentes oficiosos para convencer de los beneficios internacionales de tan peregrina solución a los directores de la política norteamericana. Las candidaturas de Jordana y Aranda dieron lugar a una pintoresca e indigna pugna —que ya conocen los lectores de *España*— entre ambos generales, ofreciéndose uno y otro para el cargo con desvergüenza de mujerzuelas que ensalzan sus respectivos encantos personales y denigran los de la competencia para atraer al vacilante cliente de paso. Jordana alegaba como mérito propio —y su mismo hijo se encargó de la propaganda en los Estados Unidos, sin reparar en gastos, que sufragó el contrabandista Juan March— el no haber tomado parte activa en la guerra civil —a la que sólo, dice, sirvió como funcionario— y poder actuar ahora, en consecuencia, como un "elemento de concordia". Jordana denunciaba la candidatura de Aranda como un reto para la masa popular española y lo presentaba ante los embajadores aliados como el general más odiado por las izquierdas, debido a la infame traición que hizo a los mineros de Asturias. El actual ministro de Estado llegó a estar tan convencido de que sería él el contratado por sir Samuel para sustituir a Franco, que se atrevió a hacer sondeos, por conducto de alguno de los embajadores españoles que le son personalmente adictos —tal fué el caso de ese señor Muñoz, embajador en una República sudamericaan, que le gusta oírse llamar conde de Bulnes— para saber cómo sería recibido en las cancillerías americanas un gobierno presidido por él.

Aranda, por su parte, negaba que Jordana tuviese la menor fuerza en el Ejército —y en afirmarlo no carecía de razón— y que pudiera ser, por lo tanto, el general indicado para dar un golpe de Estado militar contra Franco. El traidor de Asturias, se vanagloriaba de contar con buenos amigos personales entre los generales, pues muchos de ellos le debían el cargo por haber dirigido él los cursos de selección para ascensos.

Pero lo cierto es que la fuerza en el Ejército —me refiero naturalmente a los jefes —no la tienen Aranda ni Jordana, sino Franco, quien ha realizado una política de mandos, en virtud de la cual a ningún general, por destacados que hayan sido sus criminales servicios a la sublevación militar en los campos de batalla, se le confía actualmente mando en España como no tenga el Caudillo la seguridad de que le es personalmente adicto. Franco ha convertido al generalato español y gran parte de la oficialidad del Ejército, en una especie de guardia pretoriana suya.

LA ILUSION DE FRANCO SIN FALANGE

En estas condiciones, a menos de arriesgarse en una aventura realmente insensata, no era posible intentar contra Franco el proyectado cuartelazo, al que se pretendía dar, y en ello trabajaba sir Samuel Hoare, complicando en sus manejos a mister Carlton J. Hayes, algún concurso popular. En ese momento, España, vista desde fuera, parecía madura para la badogliada, y con tan falsa visión de la realidad española guardan relación los desesperados intentos para llevarnos a todos los españoles a cierta Unión Nacional —prescindiendo de hablar de República— que fuimos nosotros los primeros en denunciar desde estas mismas columnas. También en ese momento, es decir, cuando todavía no estaba decidida la desvergonzada competencia entre Aranda y Jordana, se llegó, por iniciativa de éste, al convenio de España con Inglaterra y los Estados Unidos respecto al petróleo y al tungsteno, acuerdo que yo interpreté a su tiempo como un triunfo momentáneo de Jordana, y sin duda lo fué por unos instantes, aunque haya derivado hacia un triunfo personal de Franco.

A partir de la firma del convenio, ha sido abandonada, por lo visto, la solución del gobierno militar presidido por un general capaz de derribar a Franco, como antes había sido abandonada, aunque no definitivamente, la solución monárquica. Mister Churchill piensa ahora que lo mejor sería conservar en el Poder a Franco, siempre que se lograse esterilizarlo como agente nazi, es decir, siempre que se consiguiera apartarlo de la custodia hitleriana constituída por Falange, o que ésta perdiera tal carácter. Desde que mister Churchill llegó a tal conclusión quedaron elaboradas en su mente las líneas generales del discurso de encomio a Franco que tanto desconcierto e irritación ha causado entre todos los demócratas.

"Las revoluciones alemana, italiana y española son fases del mismo movimiento general de rebelión de las masas civilizadas del mundo contra la hipocresía y la ineficacia de los viejos sistemas.

Cuando termine la guerra y principie la desmovilización, el destino histórico de nuestra era se llevará a la práctica por la fórmula patriótica y espiritual que España y cualquiera otro de los pueblos fascistas ofrecen al mundo."

(Del discurso pronunciado por el "Generalísimo" Francisco Franco en el viejo edificio del Senado, en Madrid, el 7 de diciembre de 1942, en presencia del Cuerpo Diplomático, entre el cual se contaban el embajador de los EE. UU., Carlton J. H. Hayes; el de Inglaterra, sir Samuel Hoare y el Nuncio Papal).

UNA INFORMACION REVELADORA

El resultado de esta curiosa evolución del pensamiento churchilliano sobre el problema político español fué revelada por el redactor diplomático de la revista *Reynolds*, en un interesante información, trasmitida por la agencia United Press a varios países americanos, pero que ignoramos por cuáles causas, aunque acaso no fué ajena a ellas la censura telegráfica yanqui, no conocimos en su día, en México. Nosotros hemos leído tal información en la prensa de Chile, casi con un mes de retraso.

Según el redactor diplomático de *Reynolds*, con ocasión de la estancia en Londres del subsecretario de Estado norteamericano señor Sttetinius, se llegó a un acuerdo entre los gobiernos de la Gran Bretaña y los Estados Unidos respecto a la política a seguir con relación a España. Dicho acuerdo sirvió de preparación o prólogo, según el mismo informador, al pacto del tungsteno, y abarca los siguientes puntos.

Primero. — No se dará apoyo de ninguna especie a los republicanos españoles.

Segundo.—Será apoyado cualquier gobierno de derechas que pueda constituirse en España.

Tercero. — Se persuadirá a Franco para que disuelva y prescinda de la Falange.

Cuarto.—La restauración monárquica no será apoyada, a menos que los españoles den señales de que la desean.

No precisa una gran sagacidad política para encontrar la íntima relación entre el punto segundo y el tercero de este supuesto acuerdo. Quiere decir todo ello que el mismo Franco, sin arriesgarse sir Samuel Hoare a la vana busca de un difícil y problemático sustituto, puede ser el jefe de ese *Gobierno de derechas* que cuente con el apoyo ofrecido por Inglaterra, siempre que el Caudillo se libre de la tutela de Hitler y prescinda del instrumento de influencia hitleriana constituído por la Falange. Y la demanda de prescindir de Falange no equivale al compromiso de dispersarla, ni mucho menos perseguirla, sino simplemente de desconectarla de las influencias nazis. Ss trata, en el fondo, de ofrecer un apoyo y una influencia inglesa, a cambio de obtener la renuncia de Franco al apoyo y a la influencia nazi.

Tal es el sentido profundo del último discurso de mister Churchill encomiando a Franco, que recuerda en muchos aspectos el que anteriormente pronunció, para preparar la badogliada, ofreciendo el mismo Churchill una amplia confianza al mariscal Badoglio, para reorganizar el gobierno monárquico de Italia. El proceso subterráneo de la badogliada ha sido exactament el mismo en Italia que en España, y los Ercoli españoles han trabajado inconscientemente, —hemos de creerlo así por su propio decoro político— en esa misma dirección. Pero fracasada, por imposible, la badogliada con Aranda o Jómez Jordana, se intenta ahora, por lo visto, la superbadogliada con el mismo Franco. ¿Cómo reaccionarán ante la nueva solución que se intenta los presuntos Ercoli españoles? . . .

¿SE TRATA REALMENTE DE UN ACUERDO?

No dudamos de que el redactor diplomático de la revista *Reynolds* que dió a conocer tan reveladora información, la recogió en buenas fuentes. Lo prueba el hecho de que se adelantó a los otros periodistas en reseñar las condiciones del tratado principal sobre el tungsteno, entre España e Inglaterra y los Estados Unidos. Pero no creemos que los puntos que hemos transcrito referentes a un "acuerdo" entre estos dos últimos países con relación a la política interior española, tengan el carácter de verdadero acuerdo. No creemos que el gobierno de los Estados Unidos haya aceptado ese compromiso para regir su propia política con respecto a España. Nos inclinamos a creer que se trata más bien de una notificación del gobierno inglés al señor Stttetinius, de cuáles son sus puntos de vista peculiares sobre la cuestión española, pero que no constituyen acuerdo propiamente dicho con el Gobierno norteamericano. Nos basamos para expresar tal creencia en el hecho de que, cuando se firmó el convenio del tungsteno, los Estados Unidos declararon que lo aceptaban "cediendo al apremiante ruego del gobierno inglés", manifestando de este modo que la política de apaciguamiento y componendas con Franco no corresponde a su iniciativa, aunque la discrepancia sobre tal extremo no justifique un desacuerdo con su aliado. Nos basamos también en el efecto causado en los Estados Unidos por el discurso de mister Churchill, discurso que equivale a la exposición pública de la política representada por ese supuesto acuerdo.

Según certera frase de un periódico mexicano, las palabras del Premier británico "no han endulzado los oídos neoyorquinos". Y periódico yanqui tan bien informado sobre la política exterior de su país como *The New York Times,* encontró el discurso de Churchill "sobradamente individualista", inquietándole la libertad con que el gobernante británico fija por su cuenta y riesgo orientaciones políticas que compromenten en conjunto las de sus aliados. "¿Cuándo oiremos —se pregunta el diario neoyorquino—una definición conjunta de lo que se hará después de la guerra?" Vamos, pues, en autorizada compañía para suponer que no hay "definición conjunta", es decir, que no existe acuerdo como el que reveló el redactor de *Reynolds,* aunque éste anticipase en su interesante información los puntos capitales —comunicados, sin duda, al señor Sttetinius— de la política personal del señor Churchill; esto es, del pensamiento conservador e imperialista inglés.

LA POSICION DE ROOSEVELT

Nos basamos, por fin, para creerlo así en lo que se conoce del pensamiento político del presidente Roosevelt, aunque no pretendamos poseer el secreto de los dioses. El señor Roosevelt no es conservador e imperialista como el señor Churchill, sino demócrata e idealista. Personas que parecen conocer íntimamente su pensamiento afirman que el presidente de los Estados Unidos no es personalmente hostil al restablecimiento de la República en España, aunque no lleve su convicción en ese aspecto hasta contrariar la política inglesa. La inclinación íntima del señor Roosevelt en favor de la restauración en España de un régimen democrático se ve, por otra, contrarrestada por razones electorales, pues una ayuda cualquiera en el orden político a la República española le enajenaría, en vísperas de la renovación presidencial, los votos católicos que, movidos por el fanático y cerril obispo franquista C a u g h l i n —¡magnífico ejemplar de cura trabucaire irlandés!— y por el insinuante y desenvuelto monseñor Spellmann, forman en los Estados Unidos una combativa masa de oposición jesuítica y vaticanesca a la República española. Muchos católicos americanos, que han olvidado piadosamente la persecución contra los católicos en Inglaterra, no han perdonado todavía, sin embargo, la moderada política laica de la República española, que consideran obra de feroces tragacuras . . . . como don Angel Ossorio, por ejemplo.

"No olvidemos las Filipinas. El Japón impondrá un nuevo orden. La dominación yanqui nunca podrá arrancar del Archipiélago lo que nuestros antepasados sembraron para siempre . . ."—"Informaciones", órgano franquista, en vísperas de la agresión del Japón.

Por otra parte, el presidente Roosevelt acepta como buena cualquier política, como la definida por su secretario de Estado, Cordell Hull, que "evite el caos en Europa". En ese sentido es evidente que Cordell Hull, representante de la tendencia conservadora en el campo democrático estadounidense, preferirá para España un gobierno fuerte de derechas, mejor que una República democrática, aunque ésta no haya de estar reñida con la fortaleza interna del régimen y la solidez del orden público. Pero, en último caso, los Estados Unidos no tiene lógicamente los mismos motivos que los imperialistas ingleses para desear la decadencia y el sometimiento de España. Lo que en definitiva interesa a los Estados Unidos es que España no ejerza en los países americanos de su misma lengua una influencia imperial perniciosa, bien por propia iniciativa, movida por los esquizofrénicos crepusculares del "Imperio vertical y azul" y de la "Hispanidad" ultramontana, o bien inspirada y definida por el Instituto berlinés de von Faupel. Los Estados Unidos, por el contrario, nada deben temer de una España republicana fuerte y progresiva, solidarizada con la América española en la defensa común de la democracia, en la obra espiritual de mantener el esplendor de una cultura insigne y en la tarea política de la cooperación internacional. Los españoles admiramos la grandeza de los Estados Unidos y no vemos motivo alguno para que ellos recelen de la de España. La República es el lazo de comunidad de España y América, como la dictadura en España es el mal ejemplo contagioso y el elemento de perturbación en América. Personificar en Franco la defensa contra el "caos" en España, equivaldría a trasladar el "caos" a América, es decir a huir de un temor lejano para aproximarse y hundirse en él.

PELIGRO PARA AMERICA

En ese sentido, el elogio a Franco pronunciado por Churchill desde la tribuna parlamentaria británica ha sido interpretado como una amenaza para América, porque sirve de aliento a las dictaduras militares criollas que, como la de la Argentina, toma ejemplo de Franco, imita su sistema y presta oído a sus consignas. La camarilla militar argentina recibe así de Londres un inesperado apoyo moral en el momento preciso en que los Estados Unidos y todos los países democráticos de América, la observan clavada en el cuerpo continental como un quiste maligno e inquietante. Ya el año 37 el presidente Roosevelt hablaba con alarma de la extensión por todo el mundo de la "epidemia de ilegalidad y violencia", y de los perniciosos efectos de su contagio. El señor Roosevelt aconsejaba que se adoptaran medidas de prevención y profilaxia contra tal dolencia social. No parece, pues, lógico que sienta ahora un gran entusiasmo al ver cómo míster Churchill se apresura a suministrar reconstituyentes oratorios para dar más vigor a los que propagan tal epidemia en América.

Aun divorciado Franco de Hitler —lo que todavía es hipotético— un régimen dictatorial de tipo fascista en España constituirá siempre un peligroso modelo para ciertos países de América. No sólo por sus propias ambiciones imperiales, aunque sean desatentadas y grotescas como las de los azules delirantes de la "Hispanidad" falangista, sino porque, en cualquier momento, semejante régimen, fuera del control del pueblo español que impusiera su buen sentido y su desinteresado amor a Iberoamérica, podría convertirse, por un elemental juego de intereses, en agente de ambiciones o cómplice de aventuras europeas, tal como pueden surgir en la turbia y confusa situación de la Europa postbélica.

La experiencia ha demostrado ya a las democracias americanas cómo la "hispanidad" nazifascista de los señoritos de Falange ha fomentado una dañina infiltración en la sociedad y en la política de los países americanos de lengua española, organizando una peligrosa "quinta columna" y asumiendo hasta las funciones más viles de espionaje nazi y conspiración antiamericana.

"El Japón ha llegado al límite de su paciencia. No podía soportar por más tiempo la interferencia y la oposición de los EE. UU. Esperamos que Manila será salvada para la cristiandad".—"Informaciones", órgano franquista, al producirse la agresión del Japón.

No hace muchos días, el director ejecutivo de la Sección de Ultramar de la Oficina Norteamericana de Información de Guerra, míster Edward W. Barrett, declaraba ante la Subcomisión de presupuestos de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, que "los alemanes, por medio de la propaganda, han comenzado ya a tratar de echarnos a perder la paz en España y luego, por conducto de España, en Iberoamérica". ¿Está claro?

Mientras no se restablezca en España el régimen republicano, basado en la verdadera democracia, y mientras exista en Madrid un gobierno pelele, una dictadura al servicio de la política europea totalitaria, —aun después de desaparecer Hitler— quienes quieran perturbar en América —y no faltarán voluntarios— no necesitarán buscar mucho para encontrar el instrumento de sus criminales designios en estas tierras.

Un dictador en España es siempre un peligro para los países que suelen acoger con cariño, por identidad de idioma y de afectos, cuanto venga de España o utilice su conducto. Franco en el gobierno español será siempre un agente de dictadura, de militarismo, de totalitarismo, de fascismo, en América, es decir, un agente propagador de la "epidemia de ilegalidad y violencia" diagnosticada por el presidente Roosevelt desde el año 37, meses después de haber iniciado Franco su criminal sublevación.

OTRAS PERSPECTIVAS DEL PANORAMA INTERNACIONAL

Parece lógico, por lo tanto, esperar de los Estados Unidos mayor comprensión de la política española que la que revela míster Churchill en su reciente discurso, y también cabe esperar que la política norteamericana en ese aspecto no quede permanentemente influída por el interés británico. O, más concretamente, por el interés exclusivo del conservadurismo imperialista inglés, pues también tenemos motivos para suponer que los laboristas ingleses, llamados a sustitir en el poder algún día a la ecalición gubernamental que actualmente preside míster Churchill, no compartirán los puntos de vista personales de éste sobre el problema español.

Queremos decir con todo ello que el panorama internacional para los republicanos españoles no es en realidad tan sombrío como pareció a muchos tras el sonado discurso de míster Churchill, sin que podamos alentar tampoco exagerados optimismos panglossianos. Ni podemos decir todo lo que sabemos, ni sabemos todo lo que se debía decir . . .

En la gran partida internacional que se está jugando con naipes marcados, al pueblo español no se le ha acabado todavía, ni mucho menos, el buen juego. En primer lugar, diga lo que quiera mister Churchill, —un amigo español comentaba donosamente su discurso, exclamando: ¡El disgusto que se llevará cuando proclamemos de nuevo la República!—el hecho internacional que, en nuestra opinión, más influirá en España, hasta el punto de determinar el derrumbamiento del régimen falangista, será la liberación de Francia y el ejemplo del levantamiento del pueblo francés. Y no precisamente porque el español necesite de tales ejemplos para caldear su entusiasmo republicano y convertirlo en acción, sino porque la liberación de Francia —y no los discursos en la Cámara de los Comunes— será lo que principalmente librará a España de la presión nazi y relajará los resortes policíacos y represivos de la tiranía falangista sustentada en España por la Gestapo. Cuando De Gaulle esté en París y hayan desaparecido de las Pirineos las *panzer-divisionen* nazis, no le quedará a Franco ni un policía ni un funcionario —fuera de los incondicionales criminales falangistas— que se atreva a cumplir sus órdenes para seguir oprimiendo al pueblo español. El estallido ciudadano de éste será una fiesta que tendremos mucho gusto en ofrecer a mister Churchill para celebrar la victoria aliada.

Triunfos eventuales del pueblo español son también, por una parte, una posible rectificación, como decíamos antes, en relación con el problema de España, de la política norteamericaan, que no está obligada por su propio interés a seguir ciegamente las directivas internacionales del imperialismo conservador británico y, por otra parte, una acentuación, que cada día es más evidente, de la solidaridad democrática de Hispanoamérica con la República española. Posible es también que, visto el fracaso del gobierno de "Unión Nacional" de Badoglio en Italia, que no ha aportado ninguna ayuda apreciable a los aliados en guerra, porque el pueblo italiano le ha vuelto asqueado la espalda, el intento de una badogliada en España no encuentra ya el inesperado y decisivo concurso que la impuso en el caso italiano, a pesar de que los unificadores Ercoli españoles hayan servido dócilmente hasta ahora la misma inspiración. No queremos adelantar ninguna absolución, pero quisiéramos tener rápidamente motivos para elogiar la designación, que se anuncia como posible, de Litvinof para formar parte de esa especie de Directorio de la paz mundial cuyo proyecto de creación ha sido hecho público.

Celebraríamos que la reaparición política del señor Máximo Litvinof, como representante de la Unión Soviética en ese Directorio, tuviera la misma significación política que han tenido otras reapariciones suyas en el escenario internacional, y que el cese de su retraimiento tuviese también el mismo significado que, en otros momentos, ha señalado al fin de sus momentáneos eclipses. Los republicanos españoles solo tenemos deseos de aplaudir y secundar todas aquellas actitudes de los pueblos amigos que sirvan la causa de la democracia universal, y, en consecuencia, la del pueblo español.

NUESTRO "REALISMO"

No pretendemos, sin embargo, aliviar a nadie de culpas por haber permitido llegar a la situación internacional presente, de la que es síntoma alarmante el discurso franquista de mister Churchill. Tampoco queremos anticipar ningún elogio ni ningún reconocimiento previo, que pueda ser prontamente defraudado.

Ante el feroz "realismo" de los directores de la política mun-

VALIJA *indiscreta*

EL CAUDILLO SALVO AL IMPERIO BRITANICO

Nuestro original amigo mister Winston Churchill se ha decidido, por fin, a renunciar públicamente al papel de salvador del Imperio Británico, que la fama venía atribuyéndole por error, y, con laudable modestia, ha revelado que quien en realidad lo salvó fué el generalísimo Franco. La noticia habrá dejado algo perplejo a herr Hitler, quien tenía motivos para pensar que el Caudillo le ayudaría a aniquilar a la "pérfida Albión"; pero el Fuehrer tendrá que rendirse a la evidencia después de leer el sonado discurso del Premier inglés. Las consecuencias de la decepción de herr Hitler son de momento, imprevisibles, y nada tendría de extraño que el Fuehrer se declarase ahora consecuente antifranquista y se pusiera de acuerdo con las "destacadas personalidades de la CEDA" adheridas a la Junta Suprema de Unión Nacional, para acabar con Franco y vengarse de su incalificable traición.

A decir verdad, nosotros mismos, de no haberlo dicho persona tan autorizada, en razón de su cargo, como mister Churchill, no lo hubiéramos creído jamás. Pero lo cierto es que, en varios instantes históricos, la suerte del Imperio inglés dependió de Franco y que éste se abstuvo generosamente de dar la orden fatal que hubiera acabado para siempre con la Comunidad de Naciones británicas. Un simple ademán del Caudillo, el liviano movimiento para sonar un timbre, y los cañones falangistas de Algeciras hubieran pulverizado en el acto los aviones que reposaban en el aeródromo de Gibraltar y hundido la escuadra inglesa que esperaba en aguas españolas, cerca del Peñón, la orden para zarpar con rumbo al Africa del Norte, donde la esperaba el demócrata Darlan. De haber ocurrido esto, lo más probable —aunque no absolutamente seguro— es que fuese mister Churchill quien ahora se declarase antifranquista, en vez de obligar a dar ese mal paso a un "caballero" como herr Hitler, quien resulta en definitiva el verdadero salvador del Imperio británico, pues, sin su ayuda a Franco, éste no hubiera podido salvar primero a España, y, por lo tanto, no hubiera estado en situación de salvar más tarde a la Gran Bretaña.

Todo ello nos llena de legítima satisfacción a los republicanos españoles, que tenemos derecho a reclamar para nosotros mismos una parte de la gratitud que Churchill ha expresado al Caudillo, pues parece evidente que, si en vez de ganar Franco la guerra con la ayuda de Hitler, la hubiéramos ganado los republicanos, sin la ayuda de Churchill, el Caudillo no hubiese podido luego prestar tan señalado servicio al pueblo inglés; con lo cual resulta que, sin darnos apenas cuenta, los republicanos somos en realidad los que, en último término hemos salvado con nuestra involuntaria derrota al Imperio británico. La cosa para los ingleses resultó bastante más cómoda y fácil que para los españoles, pues Franco se sublevó en verdad contra la República española, y fueron ciudades españolas las bombardeadas por los aviones que Hitler le envió, y fueron mujeres y niños españoles —claro es que rojos — los ametrallados alegremente por nazis y fascistas en las carreteras, en los hospitales y en las escuelas de España, y fué el pueblo español el que sufrió hambre y duelo, y fueron —y siguen siendo— españoles los fusilados por Franco y los asesinados por su turba falangista, y son españoles los que están en las cárceles hitlerianas de Franco y en los campos de concentración de Pétain, y son, en fin, españoles los que han perdido hogar, familia, patria y libertad; pero todo, según se deduce del discurso de mister Churchill, lo hizo Franco sin mala intención, con objeto principalmente de poder salvar en el momento preciso al Imperio británico. Justo parece, por lo tanto, que al proclamar y agradecer mister Churchill el gesto magnánimo de Franco, recibamos los republicanos españoles la parte de reconocimiento que nos corresponde, ya que hemos contribuido a la proeza del Caudillo, aunque sólo sea, dentro de la modestia de nuestros medios, con el insignificante papel de víctimas.

Además, el saber que el Generalísimo ha salvado al Imperio británico no sólo nos llena de satisfacción, sino que nos produce un gran descanso, un inmenso alivio, pues de ese modo ya no será necesario que ningún republicano español se preocupe todavía de salvarlo, siguiendo la lucha contra Hitler y arriesgando su vida por defender la causa de Inglaterra, que no puede estar ya más salvada de lo que Franco la salvó, a juzgar por las autorizadas palabras de mister Churchill. ¡Qué dulce tranquilidad invadirá ahora a los republicanos españoles! Por fin van a disfrutar de un merecido reposo y de una inefable indiferencia, acaso un poco decepcionados al ver con cuánto desdén se han recompensado sus servicios anteriores, mas no por ello menos satisfechos al pensar que no necesitarán seguir prestándolos en lo sucesivo. Los prestaron ya con creces al dejarse perseguir, encarcelar, arruinar, desterrar y asesinar para formar con su martirio un pedestal de gloria, desde el cual el Caudillo ha podido permitirse el elegante gesto de salvar la causa de las Democracias . . .

Cree mister Churchill con razón que, después de haberla salvado, sería jugarle una mala partida a Franco el intento de restablecer la democracia en España, pues si el Caudillo la salvó en Inglaterra, fué para preservar de ella a España, que debe quedarse, por ende, sin régimen democrático. En este punto coinciden herr Franco y mister Churchill. Opina este último que, cuando termine la guerra —después de la invasión, naturalmente, lo que no anuncia, desde luego, un fin muy precipitado—habrá en el mundo dos clases de pueblos: unos, los que han luchado contra las Democracias, que son los que tendrán derecho a recuperar el ejercicio de la democracia; y otros, los que, como España, por haber luchado en favor de las democracias, tendrán que quedarse sin democracia y seguirán disfrutando de una buena tiranía indígena. Dicho de otro modo: si el pueblo español no hubiera luchado contra Hitler y no hubiera evitado que Franco entrase en guerra con Inglaterra; si en vez de hacer eso, el pueblo español hubiera roto las hostilidades con la Gran Bretaña, dedicándose a matar soldados ingleses en los campos de batalla, ahora mister Churchill tendría interés en que se restableciese la democracia en España. Pero como el pueblo español no ha bombardeado ninguna ciudad británica, ni ha hundido ningún barco de la escuadra inglesa; ni ha realizado acto alguno hostil a las Democracias —pues, por el contrario, las defendió aun antes de que se defendieran ellas mismas— justo es, en opinión de mister Churchill, que el pueblo español se quede sin democracia. Sin democracia y con Franco, que fué quien salvó a las Democracias en las andaluzas aguas de Algeciras. Quiere decir esto que el derecho de los pueblos a la democracia, según mister Churchill, dependerá exactamente, cuando termine la guerra, del número de ingleses que cada pueblo haya podido matar en los campos europeos, donde se decide hoy con tanta discreción como prudencia la causa de las Democracias. De este modo, la victoria de las Democracias contra las tiranías será administrada equitativamente en sentido inverso al resultado mismo de la contienda, dando democracia a quien la agredió y negándosela a quien luchó y se sacrificó por ella. Expuesto en estos términos de claridad el programa de mister Churchill para el restablecimiento o privación post bélica de la democracia en los distintos países, su peregrina teoría parece contener una imprudente invitación para que los pueblos todavía neutrales que anhelan la restauración de la democracia, se apresuren a declararle la guerra a la Gran Bretaña y se dediquen ardorosamente a matar soldados ingleses y a derribar aviones de la RAF y a torpedear buques de la Armada de H. M. De ese modo, llegado el momento de la victoria, los pueblos que hasta ahora han sido neutrales pero que, atendiendo a la singular invitación de mister Churchill, dejen rápidamente de serlo, podrán presentar una brillante hoja de servicios en la guerra contra las Democracias y una sustancial lista de enfermeras, soldados, aviadores, comandos y marinos ingleses muertos; con lo cual afirmarán su derecho a disponer de un buen régimen democrático para uso propio, en tanto que los pueblos que no se apresuren a agredir a Inglaterra tendrán que seguir disfrutando de sus excelentes dictaduras nacionales.

Todo ello tiene, sin embargo, su lógica, aunque sea una lógica típicamente británica, la cual se distingue precisamente por su falta absoluta de lógica. Piensa, en efecto, mister Churchill que si, después de haber salvado Franco a Inglaterra y en consecuencia a la democracia, se quita ahora el poder a Franco para implantar en España un régimen democrático, ya no podrá el mismo Franco, si se presenta nueva ocasión en la próxima guerra mundial, estar en condiciones de salvar otra vez a las Democracias.

Además, mister Churchill ha descubierto sagazmente los verdaderos motivos que tuvo el Generalísimo para realizar su gesto salvador. Parece ser, según supone mister Churchill, que en el asunto intervino el factor sentimental, que, como se sabe, es el que más influye en seres tiernos y sensibles como Franco, que viene a ser, visto por el Premier británico, una especie de sentimental de guitarrón. La explicación que encuentra mister Churchill al noble gesto del Caudillo no deja de ser ingeniosa. Por lo visto, Franco, para decidirse a salvar al Imperio británico, recordó de pronto que hace apenas 130 años la Gran Bretaña ayudó a salvar a España de la tiranía napoleónica. Es muy posible, desde luego, que las cosas ocurrieran así, pues Franco debió conocer el episodio histórico citado por Churchill y que fué el verdadero móvil de la tardía gratitud franquista, bien por habérselo oído referir al conde de Romanones, que ya debía vivir por aquella época, o bien por haberlo leído, cuando era cadete, en la excelente "Historia Universal y del Japón" que estudió en la vieja Academia de Toledo. Esta ingeniosa explicación resuelve, además, el caso de conciencia que podría presentársele a Franco ante esta enojosa opción: ¿gratitud a Hitler o a Wellington?

Cuando el Fuehrer, que no es precisamente un amigo personal de mister Churchill, le diga al Caudillo:

—Te has portado como un cerdo . . . ¿Para eso te ayudé a asesinar a españoles y a bombardear ciudades de tu patria y a darte la victoria? Después de todo eso ¿eres tú quien salva a los ingleses?— Franco podrá contestar, para justificarse razonablemente:

—¡Qué quiere, "mein Fuehrer"...! Antes que usted, estaba lo de Napoleón . . . Yo tenía ya compromisos anteriores con el Duque de Hierro . . .

Algo habrá que hacer, en vista de todo ello, para conmemorar la fecha histórica en que Franco salvó al Imperio británico, según el autorizado testimonio de mister Churchill, quien, por otra parte, afirma que nadie debe meterse en los asuntos internos de los españoles, reproduciendo así una nueva doctrina de "no-intervención" que nos vuelve felizmente a los viejos tiempos de mister Chamberlain, a quien combatía mister Churchill por decir poco más o menos lo mismo que ahora dice mister Churchill, como si las palabras no salieran de las personas, sino del cargo que éstas ocupan. Algo habrá que hacer, repito, para conmemorarlo, y a mí se me ocurre que lo mejor sería que los republicanos españoles abriesemos una suscripción pública para regalarle a mister Churchill un paraguas como el que usaba mister Chamberlain: un paraguas exactamente igual . . . Creo que mister Churchill se lo merece en estricta justicia.

EL VALIJERO

---

dial, reclamamos también el derecho a nuestro propio "realismo". Nuestra posición en cada caso, estará determinada por el único interés del pueblo español, de su libertad y de su independencia. Solo con él y a través de él podremos servir a la causa internacional de las Democracias. El manifiesto que publicó la Junta Española de Liberación anuncia un propósito resuelto, patriótico "realístico" de cooperación democrática internacional, pero también la firme resolución de enfrentarse con quien sea, hombre o nación, por potente que sea, que se cruce en el camino de la libertad de España. A cada hombre y a cada pueblo habrá que juzgarlos, en nuestra propia estimación, por su actitud ante el problema español. Ningún anuncio de nuestra conducta futura podemos hacer a priori. O más bien podemos hacer sólo esta simple advertencia: que no se cuente con el pueblo español para ninguna renuncia ni para ninguna claudicación. Que no se cuente con los republicanos españoles para ninguna "Unión Nacional" que tenga por objeto "eliminar dificultades". La primera dificultad que hay que eliminar es Franco y la dictadura española. Y la manera de eliminarlos es restablecer la República española, a lo que los españoles están dispuestos con sus propios medios. La única dificultad para nosotros es lo que dificulte la República española. No admitimos en eso sustitutivos, imitaciones ni engaños. Con la República, estaremos dispuestos a servir la causa internacional de las Democracias. Sin la República, estaremos dispuestos sólo a luchar por la República. El triunfo de ella sería todo el concurso que pudiéramos aportar a la causa internacional común.

Sin abandonar el juego internacional, que la Junta Española de Liberación vigila atentamente, dispuesta a intervenir en él con pulcritud, de "partenaire" leal y correcto, la mejor carta que tiene todavía en manos el pueblo español es la de su propia acción heroica para rescatar con su propio esfuerzo la República. La acción del pueblo español es lo que, en definitiva, hará inoperante el último discurso de mister Churchill, que cualquier shespiriano podría definir así, frente a la voluntad indomable de nuestro pueblo —el pueblo de la defensa de Madrid: palabras, palabras palabras...

Carlos ESPLA

P. S. Después de escrito el anterior artículo, entregado a la imprenta el lunes 29 de mayo, la prensa mexicana del miércoles 31 publica las manifestaciones del presidente Roosevelt, declarando que no está "satisfecho" de la conducta de España (debe entenderse, de Franco), la cual continúa sus envíos a Alemania, no habiendo, por lo tanto, ningún cambio esencial en las relaciones de los Estados Unidos con el gobierno español. La señora de Roosevelt, por su parte, ha manifestado que la "actitud del Primer ministro Churchill para con el gobierno de Franco no afectará a la política de todas las Naciones Unidas", añadiendo otros agudos comentarios al discurso del Premier británico. Recogemos brevemente tan interesantes declaraciones que vienen a corroborar autorizadamente la tesis sostenida en este artículo.

notas de la SEMANA

FRUTOS AMARGOS

Uno tras otro, los ensayos de la política llamada de apaciguamiento, aunque en realidad debiera ser denominada de complicidad, han ido dando como consecuencia el más absoluto de los fracasos. El de Darlan acabó trágicamente con la muerte del almirante, sin que todos los esfuerzos realizados después para ejercer presión sobre los franceses libres que siguen a De Gaulle hayan servido más que para subrayar la enérgica oposición del general y crear una situación que se hace de día en día más confusa. El experimento de Italia, que era una especie de ensayo general para futuras representaciones en Europa, lejos de procurar las ventajas que de él se esperaban, ha promovido fuera de Italia un movimiento general de repulsión, y dentro, un sentimiento de protesta que rodea de hostilidad la presencia de las fuerzas aliadas. El fracaso es tan completo y evidente que ni siquiera las mismas autoridades militares de ocupación se creen autorizadas a ocultarlo. El pastel cocido en el horno de la colaboración con Badoglio resulta, no obstante el azúcar que lo endulza aparentemente, demasiado amargo para el paladar de los antifascistas italianos. Piensan, con razón, que para engullir semejante repostería no valía la pena de ponerle los manteles al AMGOT. Y lejos de calmarse la agitación del pueblo italiano, el descontento crece al paso de los ejércitos que, por paradoja, se llaman libertadores. Ha desaparecido del escenario político de Italia la camarilla personal de Mussolini, pero el aparato administrativo sigue estando, en su mayor parte, en manos de los antiguos funcionarios del régimen fascista, con lo que las promesas de los aliados suenan a sarcasmo en los oídos de los italianos perseguidos por él durante más de veinte años. ¿Era para esto para lo que Mr. Churchill les conminaba a la rebelión?

No obstante, estamos muy lejos de esperar rectificaciones profundas e inmediatas en una política que tiene de obstinada lo que tiene de torpe. Los hechos no consienten hacerse ilusiones de esa clase y, a mayor abundamiento, el último discurso del primer ministro británico, confirma lamentablemente el propósito de continuar en el error. Si la conducta seguida por los gobiernos aliados con Francia y con Italia les ha ganado una legítima desconfianza, la táctica empleada para contentar a Franco desborda ya los límites de lo tolerable. ¿Hacia qué gravísimos conflictos nos está empujando a todos ese desdichado e insincero proceder? Cuando la guerra llegó a las costas de Sicilia, Gaetano Salvemini, que piensa y escribe con absoluta claridad, decía: "Parece que aun en las altas esferas políticas de EE. UU. y de Inglaterra persiste todavía la falacia de que la Italia fascista no ha cometido más que una equivocación importante, la de unirse a Hitler en lugar de alinearse con las naciones democráticas. Uno de los trágicos misterios de la diplomacia democrática es el de cómo podría esperarse del fascismo que se convirtiera en un aliado de la democracia". En efecto, la diplomacia aliada gira ciegamente en torno a ese absurdo monstruoso, que ninguna conveniencia transitoria puede justificar ni rinde más que frutos de desaliento. En febrero de 1943, el presidente Roosevelt, en una alocución dirigida al pueblo norteamericano, afirmaba que "ninguna nación del mundo que sea libre para escoger adoptará la forma de gobierno fascista, o nazi, o la forma de gobierno japonesa basada en los señores de la guerra. Todas esas formas de gobierno —añadía— son hijas de la usurpación del poder, seguida de la supresión de la libertad. Por consiguiente, las NN. UU. pueden decir en lo que respecta a esas formas de gobierno dos simples palabras: "*¡nunca más!*" Pero la memoria de las NN. UU., o de sus gobernantes actuales, parece quebradiza, y lo que ha venido luego no se ajusta en nada a los ofrecimientos de entonces. En los resultados obtenidos tienen la enseñanza. Se han atraído, cuando ya no era sino desecho inútil, a Badoglio para representar la farsa de sostener una monarquía caduca; alentaron el darlanismo, puente tendido entre Vichy y Africa; han conquistado aparentemente a Franco, satélite de Hitler y traidor a su patria. Es toda la ganancia. En la cuenta de las pérdidas está la desilusión sembrada en los pueblos de Italia, Francia y España, que valen algo más que sus cómitres y verdugos. Mal negocio para la democracia. El *nunca más* del presidente Roosevelt no pasa de ser, después del discurso de Mr. Churchill, un desahogo retórico.

LA FALANGE EN AMERICA

El Día de las Américas, el ministro de Justicia de Cuba se refirió a Falange Española y al gravísimo peligro que por su culpa había corrido el país. "Aquí —dijo el ministro— Falange contaba con gran número de adeptos, que algunos estiman en 50,000, los cuales recibían instrucción militar y órdenes de Madrid y de Berlín. Disponían de fondos abundantes, prensa pagada y numerosos agentes a su servicio. Berlín pensaba, no sin fundamento, que Cuba podría servirle de punto de apoyo para un salto sobre los EE. UU., cuando llegara el momento, y que las costas de Cuba podrían ser lugares para abrigo de los implacables submarinos alemanes . . ." El testimonio del ministro, sobre ser valioso por sí mismo, viene a reforzar anteriores afirmaciones en las que, mediante pruebas documentales, se ha puesto en evidencia el peligro que para el Continente americano significaba—y significa todavía—la existencia de Falange Española. No hace muchos meses aún dióse a conocer un libro del profesor Hugo Fernández Artucio en el que se ponía de manifiesto la profunda infiltración nazi en América y la perfecta organización que une a todas y cada una de las células nazis en los respectivos países continentales. Ahora bien: la infiltración nazi en América hubiera sido muy difícil, o imposible, tal vez, sin el concurso decisivo de Falange Española, que a favor de los vínculos de idioma, sangre e historia que unen a España con América, e invocando un falso hispanismo, constituye el auxiliar más valioso con que ha contado Hítler en tierras americanas. Otro libro, más reciente aún, del norteamericano Allan Chase, pone al descubierto, con minuciosa información, las actividades falangistas en tierras americanas. Con orientación segura, que hoy ya no puede ser discutida por nadie —a no ser por Mr. Churchill— toma el autor como punto de partida el Instituto Ibero-Americano de Berlín desde el momento en que llegó a su dirección el general von Faupel, verdadero planeador de la guerra española y coordinador de la política nazi en hispanoamérica. La guerra de España, desde el ángulo de los cálculos nazis, se hacía indispensable no sólo como una carta fundamental que debía ganarse antes de la batalla de Europa, sino como premisa para la dominación posterior del nuevo Continente. Sin el aniquilamiento de la República española, las pretensiones nazis sobre América no tenían posibilidad ninguna de realización. Para llevarlas adelante era condición ineludible contar con una España totalitaria y fuertemente influída por las doctrinas y los métodos nazis. Ambas cosas se habían logrado plenamente en abril de 1939, aunque la aventura, merced al heroísmo republicano, hubiera exigido esfuerzos muy superiores a los previstos. Von Faupel podía ya extender su red invisible desde la Patagonia al Canadá. La Falange Española iba a ser su ejército de maniobra.

Tan notorio es todo ello, que de nada sirven ahora los grotescos arrumacos con que Franco se acoge al bondadoso corazón de las NN. UU. Bajo la dirección de von Faupel, Falange iba ganando posiciones. "En octubre de 1938 —escribe Allan Chase— la Falange Exterior se había extendido por el mundo. Tenía ramificaciones que actuaban en veinte países extranjeros. Se jactaba de tener fuera de España más de un millón de miembros entusiastas: más de veinte veces el número de falangistas que había en la propia España en 1936. Marchaba todo tan bien que la Delegación Nacional del Servicio Exterior publicó un folleto de 56 páginas lleno hasta los bordes de interesantes fotografías y relatos de hechos. Este libro, impreso en Santander en 1938, fué inmediatamente recogido por los superiores nazis, pero no antes de que algunos ejemplares fueran enviados a Latinoamérica en las valijas diplomáticas portuguesas . . ." Al término de su libro, rico en datos y referencias, Allan Chase comenta: "Las bombas que cayeron sobre Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 fueron construídas en Madrid y cargadas en Munich por la política de apaciguamiento de Londres, París y Washington". Luego agrega: "Si fué peligroso apaciguar al fascismo en España en 1936, es mil veces más peligroso hacerlo hoy. Pues el cáncer fascista no sólo ha llevado la muerte a la propia España: se ha extendido, en la forma del falangismo, a Manila, a la América Latina, a los Estados Unidos de América. España se ha convertido en la base de operaciones de la más grande quintacolumna del Eje en el Hemisferio Occidental, una quintacolumna que no será aplastada mientras el fascismo no sea destruído en el último rincón de la Península Ibérica". Y termina: "Si la Península Ibérica queda después de esta guerra como el bastión fascista que hoy es, todos nuestros muertos habrán caído en vano".

Pero de eso no se han enterado aún los apaciguadores de aquende y allende el mar.

Manning en el Durham *Herald*.

EL SASTRE Y EL ARZOBISPO

El sastre Frang Hahnl, de quien se sospecha que pueda estar loco por el hecho de haberle arrojado dos huevos al arzobispo Spellman cuando celebraba la misa en la catedral de San Patricio es, sin duda alguna, uno de los hombres más cuerdos con que cuentan los EE. UU. Del sastre no tenemos ninguna referencia. De monseñor Spellman sí. Pero las que tenemos del arzobispo abonan al sastre y justifican, desde luego, el lanzamiento de huevos, proyectil cuyo simbolismo, en este caso, se nos escapa. Tal vez constituyeran simplemente la frugal comida dominical de Mr. Hahnl, bien ajeno a la idea de que el arzobispo, lejos de edificar su ánimo, lo incitaría a cólera sagrada. Porque lo innegable es que el sastre ha debido tener muy buenas razones —aunque lo llamen loco— para dar rienda suelta a su enojo. "No me gustó —declaró a la policía— lo que dijo el arzobispo". Laconismo tal no consiente adivinar cuál era el sermón de monseñor Spellman. Pero resulta elocuente por los antecedentes de las opiniones políticas del prelado, demasiado pregonadas recientemente para que las hayamos olvidado. Fué cuando monseñor Spellman regresaba de España, a donde fué representando una especie de embajada espiritual. Al arzobispo le fué bien en España. No pasó hambre, sino que conoció la abundancia en las mesas pródigas de los jerarcas eclesiásticos, militares y falangistas. No lo metieron en la cárcel. Tampoco le fusilaron a ningún hijo. Y el arzobispo, digeriendo todavía el optimismo de los últimos agasajos, dijo a los norteamericanos que España es actualmente el país más feliz de la tierra y Franco el gobernante providencial que lo lleva a puertos de grandeza. A través de la semblanza de monseñor Spellmann Franco era un hombre transido de amor por su pueblo y embargado por ambiciones honradas y cristianas. Los españoles, consecuentemente, adoraban en él. Dicho lo cual, y la conciencia en reposo, el arzobispo dióse a continuar su noble cometido de predicar la paz entre los hombres de buena voluntad. Pero algo sospechoso debe haber en las prédicas del arzobispo cuando el buen sastre, que ha leído la Biblia y recuerda aquello de que "sabroso es al hombre el pan de la mentira, mas después su boca será llena de cascajo", imaginó llegado el caso de taparle la boca con los huevos, suceso que no debe escandalizar a nadie más de lo justo. Se trata de saber quién está en lo cierto: si el arzobispo ensalzador de Franco o el sastre humilde y puritano que no transige con la mentira. Nosotros votamos por el sastre, entre otros motivos, porque en él vemos la mano vengadora del Destino, que tiene caminos innumerables. Y tampoco admitimos que se tenga por alienado a Mr. Hahnl. Cuerdo, y bien cuerdo, nos parece a nosotros. En todo caso, para que se diagnosticara loco a nuestro sastre por arrojarle huevos al arzobispo, sería menester recluir antes, como orates irremediables y peligrosos, a los gobernantes demócratas que le tiran margaritas a Franco.

En Nueva York

Se Crea un Subcomité de la Junta Española de Liberación

Convocada por don Fernando de los Ríos, ex embajador de España y representante en los Estados Unidos de la Junta Española de Liberación, se celebró una reunión el 18 de mayo, por la noche, en el salón del Centro Español.

Abrió el acto el señor de los Ríos y actuó de secretario el señor Antonio Reina, corresponsal informativo de "España", órgano de la Junta de Liberación.

Manifestó el señor de los Ríos que había tomado la iniciativa para la reunión, por ser indispensable designar una Junta Directiva, no sólo para que asuma la responsabilidad, sino para que realice el trabajo de reunir los grupos de los Estados Unidos y ponerlos en relación con la Junta de México. Además se encargará de mantener relaciones con la Junta Central y distribuir la literatura que se reciba.

Esto no es un partido —agregó don Fernando—, sino una coalición de partidos —que quizá pueda ser ampliada— a quienes une el propósito de ayudar, dentro de los medios posibles, a que España pueda recobrar su plenitud que sólo es posible por el camino de la República, y devolverla su personalidad.

Propuso que se discutiera la constitución de un Comité formado por cinco personas o lo que la mayoría de los reunidos considerara apropiado. Después de discutido se aprobó el nombramiento de un pre Comité, el cual tendrá la misión de traer la propuesta definitiva para la próxima sesión, en vista de las adhesiones recibidas. Lo forman los señores Francisco León Trejo, Sebastián Palmer y Francisco Mares.

LLAMAMIENTO DEMOCRATICO

Se trata de hacer un llamamiento a la conciencia democrática de este país, que nos ayudó durante la guerra civil, y debemos mantenernos llenos de fe, porque así lo merece el país de donde venimos.

Es motivo de orgullo y de tristeza al mismo tiempo —afirmó el señor de los Ríos—, saber, por haber sido informado de fuentes verídicas, que el frente alemán en Italia ha sido roto por las fuerzas francesas, de los cuales una buena parte son españoles que se repatriaron e ingresaron en las fuerzas coloniales de Francia.

En Narvik, cuando el descalabro inglés, de 1,200 muertos 800 eran hijos de España. Creta estuvo defendida en gran parte por españoles, y en el ejército de Montgomery se cuentan en crecido número y se admira su valor.

La semana pasada cumplieron su compromiso de enganche en el ejército francés 3,000 españoles, y les rogaron continuaran en filas, contestando ellos que no querían nada con la Francia sometida. Seiscientos españoles están trabajando en el Norte de Africa con las autoridades norteamericanas, con la debida estimación.

Digo esto —repitió el señor de los Ríos—, para que se sepa la generosidad y el sacrificio de los españoles, y la grandeza que distingue a nuestro pueblo. A esa actitud y a esa realidad debemos corresponder.

Conferencia de don José Giral

Organizada por el Instituto Mexicano-Europeo de Relaciones Culturales, el pasado miércoles dió una interesante conferencia en Bellas Artes el ex presidente de la República española Don José Giral, catedrático de la Universidad Central de Madrid.

Desarrolló el tema: "Los problemas de la alimentación en la postguerra".

Presidió el acto el destacado hombre de ciencia francés señor Paul Rivet, quien, al hacer la presentación del orador, ensalzó la personalidad científica y política de éste y dedicó palabras de solidaridad y afecto a los republicanos españoles.

El doctor Giral estudió en todos sus aspectos, tanto científico como social, higiénico y económico, los problemas enunciados en el título de su disertación, que resultó interesantísima.

La numerosa y selecta concurrencia al acto aplaudió calurosamente al ilustre conferenciante.

La prensa extranjera y el discurso de Churchill

UN JUICIO DE "THE ECONOMIST"

Un telegrama de Londres informa que en el número corespondiente a la última semana "The Economist" critica duramente el discurso del Premier británico, en particular por sus alusiones a España, que califica de "inexplicables". Si el Sr. Churchill —añade— hubiera dedicado a Francia y al Comité Francés una sola de las alabanzas que dedicó a España, todos los franceses hubieran sentido esperanzas más fervientes y amistad más sincera con motivo del desembarco de soldados británicos en teritorio galo.

Y continúa "The Economist" "No sólo perdió el Sr. Churchill una gran oportunidad histórica, sino que puede ser que haya cometido un gran error histórico. Téngase presente que el Jefe Supremo de la Gran Bretaña ha enviado sus fuerzas al encuentro de sus aliados en el combate cuando resuenan en las vidas de éstos palabras equívocas.

UN EDITORIAL EXPRESIVO DEL "POST"

En su núm. de 31 de mayo, el "Washington Post" ha publicado un editorial al que pertenecen los siguientes párrafos:

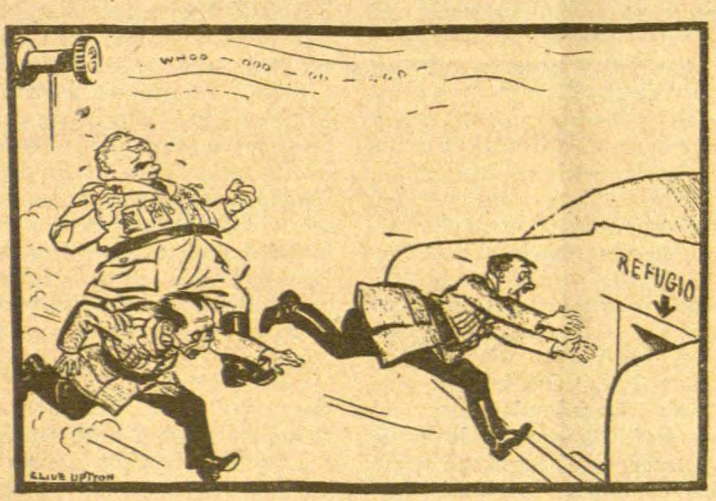
"Con las limitaciones que impone la alta diplomacia, el Presidente Franklin Roosevelt indicó con claridad en una entrevista que concedió a la prensa el Día de la Recordación de los Muertos, que no compartía los sentimientos benévolos del Primer Ministro Winston Churchill hacia el Gobierno de España. No deseaba, afirmó, que sus hirientes palabras acerca del generalísimo Francisco Franco fuesen motivo de un incidente internacional. Empero, tal vez estas palabras hayan sido escuchadas en el extranjero. Y sus repercusiones, creemos, serán saludables y alentadoras. Servirán para hacer ver al señor Churchill que los Estados Unidos no se proponen secundarlo en sus lisonjas a la dictadura española. Y harán comprender a todo el mundo libre, que no hemos olvidado la índole de la guerra en que estamos empeñados. Es una guerra contra el fascismo, en todas sus malignas formas.

"Tenemos un interés especial en el gobierno de Franco, que el Primer Ministro británico pasó por alto. Distinguió ese régimen de los gobiernos fascistas con los cuales estamos en guerra, haciendo notar que "existe una gran diferencia entre un hombre bre que lo derriba a uno a un hombre que lo deja a uno en paz". Hasta cierto grado, quizás Franco no se ha metido con la Gran Bretaña. Pero su Falange se ha dedicado empeñosamente al espionaje y a diseminar propaganda antidemocrática en toda la América Latina. Esta es una amenaza para la paz y seguridad del continente occidental, que EE. UU. no pueden tolerar ni ver con indiferencia.

"El gobierno de Franco fué impuesto al pueblo español por la fuerza de las armas alemanas e italianas, mientras el mundo democrático dormitaba. No es menos fascista que sus creadores. La única política razonable que podemos seguir con respecto a él, es en nuestra opinión, la política esbozada hace casi un año por el Presidente Roosevelt: "No pactaremos con el fascismo en ningún sentido, forma o manera. No permitiremos que subsista ningún vestigio del fascismo."

Un manifiesto del Centro Republicano Español de Montevideo

El Centro Republicano Español de Montevideo publicó un manifiesto impugnando el discurso de Winston Churchill, acusándole de haber olvidado ya los insultos y amenazas de que Franco hizo objeto a las NN. UU. en los momentos peores de la contienda. Expresa el manifiesto la confianza de que, como reacción natural, el discurso de Churchill produzca un movimiento de simpatía hacia la República española.



¡Siempre a la cabeza...!

La maniobra del General Franco

Alrededor del acuerdo concluído entre los gobiernos de la Gran Bretaña y Estados Unidos por una parte, y el gobierno de la España franquista por otra, han surgido vivas discusiones en la prensa de los países aliados. Este acuerdo satisface tan sólo a unos pocos, partidarios del compromiso con la España fascista, cuya "neutralidad", como lo demuestran multitud de hechos, sirve de mampara para prestar ayuda a la Alemania hitleriana.

Este apoyo adquiere especial importancia para Alemania, singularmente ahora cuando se aproximan importantes etapas de la guerra. Los partidarios del compromiso afirman que, en el acuerdo con Franco, se ha alcanzado "el máximo posible". Declaran que contribuye a debilitar los lazos de la España franquista con Alemania, obligándola a mantener una posición de neutralidad "austera". Según la opinión de estos comentadores, la reducción en la exportación de wolfram a Alemania, causa notables perjuicios a su producción de guerra. Por otra parte, el establecimiento de un control sobre la actividad de los agentes hitlerianos en España, y la clausura del Consulado alemán en Tánger, convenidos en el acuerdo, facilitarán el debilitamiento de la posición de Alemania en la Península Ibérica.

Sin embargo, es un hecho que el acuerdo que ha entrado en vigor el primero de mayo, no exime la posibilidad de que España sea utilizada por los hitlerianos como canal para sortear el bloqueo económico y marítimo aliado. A este respecto, el convenio es un paso atrás en el camino de conseguir el cese de la exportación de materias primas de los países neutrales a Alemania. De ello habló hace un mes Mr. Cordell Hull, Secretario de Estado de los Estados Unidos. El propio Departamento de Estado no lo ha ocultado; en un comunicado oficial, publicado con motivo del citado convenio, se señala que éste es el resultado de un compromiso. "El acuerdo fué conseguido a base del embargo incompleto sobre la exportación de wolfram —dice el comunicado— por apremiante ruego del Gobierno inglés con objeto de llegar a un acuerdo inmediato". Al comentar este comunicado, el periódico norteamericano "Christian Science Monitor", afirma que si únicamente hubieran sido tenidos en cuenta los intereses americanos, Washington hubiera exigido el cese absoluto de la exportación de wolfram a Alemania.

El convenio con Franco es el resultado de dos influencias: en primer lugar, llegar a concertar los diferentes puntos de vista, inglés y americano sobre el problema español y, en segundo lugar, la común necesidad de los aliados de utilizar y absorber la producción de España. La prensa americana señala que el Gobierno inglés ha tenido que tomar en cuenta los intereses de las compañías inglesas, propietarias de importantes empresas mineras en España, ya que estos capitales podrían verse amenazados en el caso de que los aliados rompieran con España. Esta circunstancia descubre el carácter chantagista de las maniobras de Franco.

Para todos es claro que en la situación actual, cuando aparece ya evidente el final victorioso de la guerra, Franco no podía dar un paso que le condujera a la ruptura con los aliados. Además, la España franquista depende económicamente de los aliados. Una ruptura la conduciría no sólo al cese total de la importación de petróleo sino también de víveres y otras mercancías. Para la economía inestable de España, esta situación sería catastrófica, lo que coloca en manos de los aliados las suficientes palancas políticas y económics para desbaratar todas las maniobras de Franco. Sin embargo, el acuerdo concluído a base de un compromiso con los aliados, le permite continuar sus maniobras y seguir prestando ayuda a Alemania.

El hecho de que en el convenio se señala la decisión de reducir la exportación de wolfram español a Alemania, pero sin prohibirlo completamente, sanciona en principio los envíos españoles de materia prima a Hitler. Hay que tener en cuenta que Alemania importa de España, no sólo wolfram, sino también una gran parte de hierro, plomo, cobre, mercurio, etc.

Estas materias primas con las que los alemanes elaboran el armamento no han sido mencionadas en el acuerdo.

La prensa anglo-americana, expresa también su alarma con motivo de la revisión del acuerdo para el levantamiento del embargo de la venta de productos petrolíferos a España, de los países del mar Caribe, así como de los Estados Unidos. El periódico de Londres "Star", dice: "La reanudación de la importación de petróleo por parte de España, en la misma escala que anteriormente, provoca serios peligros". El periódico destaca que España puede de nuevo convertirse en el conducto a través del cual Alemania reciba petróleo de América del Sur.

Según ya se comunicó, los hitlerianos tomaron las medidas necesarias para concentrar en España grandes reservas de petróleo. Construyeron depósitos de petróleo en la España septentrional, con vistas a que quizá llegase el momento, cuando Alemania se viera privada del petróleo rumano, en que España fuera la única fuente de donde se pudiese proveer de él.

Al discutirse el acuerdo con España en la Cámara de los Comunes, se llamó la atención del gobierno inglés sobre la necesidad de establecer un control sobre el consumo de petróleo en España. Los aliados no pueden confiar sólo en la "garantía" de Franco de que el petróleo será empleado únicamente en el territorio español. Las advertencias hechas por las críticas respecto al acuerdo con Franco merecen aún más atención, puesto que señalan los perjuicios que acarrearían a la causa común de las Naciones Unidas, ya que el nuevo acuerdo no exime la posibilidad para Alemania de utilizar con amplitud los recursos españoles, debilitando los efectos del bloqueo económico que pesa sobre Alemania. K. HOFMAN

(Boletín de Información de la Embajada de la U.R.S.S.)

FUNDACION PABLO IGLESIAS BIBLIOTECA

GESTA DE GUERRA

¿"APPROCHE" INDIRECTO?

Pasan los días y el tantas veces anunciado desembarco no empieza. En cambio la acción en Italia se intensifica cada vez más, obteniendo los aliados triunfo tras triunfo sin que el alto mando alemán se atreva a mover tropas de las múltiples zonas que considera amenazadas por la invasión. Sigue la ofensiva aérea cada día y cada noche con mayor ímpetu, destruyendo aeródromos, observatorios, centros de mando, fábricas, talleres y, sobre todo, los nudos vitales de comunicaciones, puentes, túneles, depósitos de locomotoras y material rodante, elegidos con arreglo a un plan bien concertado para cortar las rutas de abastecimiento de las fuerzas defensivas empeñadas en rechazar un desembarco en la costa occidental de Europa. Continúan cada hombre de estado y jefe militar responsables de los países aliados haciendo declaraciones sobre la inminencia de la ofensiva anfibia, dando instrucciones por radio a las organizaciones clandestinas de resistencia que funcionan en las naciones ocupadas por los nazis, principalmente en Francia, instrucciones que recogen cuidadosamente las segundas secciones de los estados mayores germánicos empeñados en la determinación del día "D" y de la hora "H". Detienen su victoriosa ofensiva los ejércitos soviéticos, alegando que se están preparando para sincronizar su nuevo avance con el esperado desembarco.

A todos estos datos ciertos e indicios lógicos se añade la información directa que el alto mando germano recoge constantemente, bien sea por medio de sus servicios de espionaje, que a pesar del bien reconocido patriotismo británico funcionan seguramente en Inglaterra (¿no hay personal diplomático y consular de Franco?), y también a través de las aviones de reconocimiento que no cesan de volar sobre la zona del canal donde se prepara la invasión. Esta información confirma los datos anteriores, y Hitler sabe que hay tres millones y medio de hombres preparados, gran parte de ellos embarcados en los transportes, que se han acumulado sinnúmero de embarcaciones especiales para llevar a tierra tropas, artillería, tanques y vehículos de todas clases; que esta gran masa de soldados está sometida desde hace muchos meses a un entrenamiento intensivo, para adquirir un dominio absoluto en todas las operaciones que el desembarco de un ejército trae consigo, corrigiendo y enmendando las deficiencias que pudieron observarse en los ensaños en gran escala que fueron las expediciones al Africa del norte. Sicilia y varias islas del Pacífico sin contar con la experiencia adquirida con las *razzias* de los comandos. Todo esto, y más que pudiera decirse, lo sabe perfectamente el alto mando alemán, induciéndolo a creer en la realidad de una o varias expediciones de invasión en fecha inmediata, con toda probabilidad aprovechando las circunstancias favorables de la primavera, cuando el estado del mar y de la atmósfera facilitan y permiten esta clase de operaciones militares. Y esta creencia lógica y fundamentada le impiden mover ni un soldado de los puestos que tiene asignados para la defensa de la muralla del Atlántico.

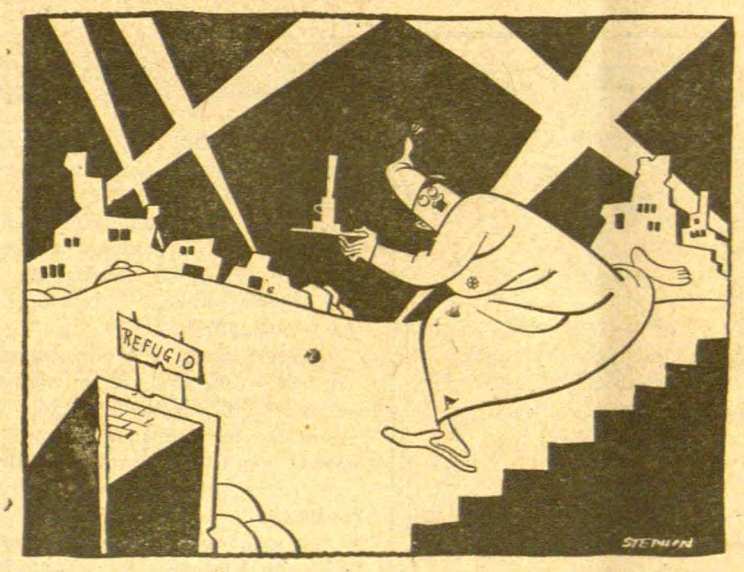
APROCHE INDIRECTO. Mientras tanto ha sido posible al mando aliado acumular elementos en un teatro de operaciones secundario, donde la lucha se había estancado desde hace varios meses, y las líneas de barrenamiento en una zona montañosa presentaban al avance obstáculos al parecer infranqueables. Este frente desemboca además en la formidable barrera de los Alpes, cuyos pasos ofrecen tales dificultades que simplemente el haberlos atravesado constituyen timbres de gloria en generales de la categoría de Aníbal y Napoleón; y especialmente el paso que lleva directamente al corazón de Alemania, el paso del Brenner, ha sido fortificado en tal forma que su forzamiento puede lógicamente considerarse como imposible. Estas razones, y alguna otra que por demasiado sabida se calla, pudieron haber inducido al alto mando germano a no dar excesiva importancia al teatro de operaciones italiano, considerándolo suficientemente dotado con las 26 divisiones de que dispone el mariscal Kesserling. Si el alto mando aliado, con el sigilo que en otras ocasiones ha demostrado, ha llevado a Italia 50 o 60 divisiones, lo que cabe dentro de lo posible, la sorpresa estratégica combinada con los éxitos tácticos de los primeros días las puede llevar fácilmente a la línea del Po, que hay que suponer está solidamente fortificada. Pero las campañas de Rusia han demostrado que los ríos no presentan a los ejércitos modernos obstáculo mayor, y las plazas fuertes de la llanura del Po, entre ellas el célebre cuadrilátero tan estudiado por los alumnos de Táctica y Poliorcética, no es probable sean capaces de parar por sí solas al atacante. Esto lo sabe perfectamente el mando alemán, y por tanto, cuando vea que el peligro arrecia por el lado de Italia, es seguro que acudiendo al riesgo más próximo saque fuerzas de Francia para llevar refuerzos a Kesserling.

Entonces, una de dos: o los aliados han acumulado en la llanura del Po medios suficientes para batir las fuerzas que hayan podido llevar los alemanes, y la guerra puede resolverse en una o varias batallas en este teatro clásico; o, aprovechando que las defensas del oeste están más o menos desguarnecidas, llevar a cabo el desembarco con mayores probabilidades de éxito.

DISCURSO DE CHURCHILL. Hay otra posibilidad que nos ha sugerido el discurso del Primer Ministro inglés, cuya perspicacia e inteligencia están fuera de duda, y que en el fondo no puede perdonar a Franco, como cualquier ciudadano británico, los insultos, befas y trágalas de que ha hecho blanco a la orgullosa Albión mientras creyó en la victoria de Hitler. Es evidente que esta especie de garantía que ha ofrecido en su discurso al gobierno actual de España tiene por objeto recabar su aquiescencia para algo. Este algo pudiera ser simplemente la seguridad de que no habría interferencia en el paso por Gibraltar de los enormes convoyes que la ofensiva a fondo por Italia requiere, lo que corrobora nuestra tesis anterior. Pero a la hora presente no creemos haya ningún riesgo de intervención alemana ni española por ese lado, como lo hubo, y nos alegramos que sea el mismo Churchill quien lo reconozca, cuando la invasión del norte de Africa. Esto nos hace pensar si lo que se quiere ahora comprar de Francia no es el derecho de paso de un ejército aliado desembarcado en Portugal, y que pudiera llegar a Burdeos del primer empujón (siempre la teoría del aproche indirecto), haciendo así hacedero y fácil el desembarco. Todo cabe en lo posible.

A propósito del discurso, quisiéramos de paso señalar a su autor algunas leves contradicciones en que incurre. Dice el Primer Ministro que su gobierno no reconoce al general de Gaulle porque no están seguros de que represente al pueblo francés. ¿Y está muy seguro el Sr. Churchill de que Franco representa al pueblo español? Si así fuera no habría necesitado una guerra de tres años, llevada a cabo con mercenarios, la ayuda sin límites de Hitler y Mussolini, y la complicidad vergonzante de los gobiernos de las democracias para adueñarse del poder. ¡Qué más incontestable plebiscito que la sangrienta guerra civil ganada con ayuda extranjera! ¡Qué más prueba de que a Franco lo rechaza el país que los centenares de miles de exiliados, el medio millón de hombres y mujeres asesinados y el otro medio que gime en las cárceles y los campos de concentración! Lo único que pedimos al Sr Churchill es que cumpla lo que ahora ofrece y no intervenga en los asuntos interiores de España. Para echar a Franco y darle el castigo que merece, se bastan y sobran los españoles.

A. F. BOLAÑOS



Noches de insomnio.

Notas de Colombia

Jira intelectual de Jiménez Asúa

Invitado por varias Universidades y Centros académicos Colombianos D. Luis Jiménez de Asúa ha realizado una admirable labor de conferenciante en varias ciudades del país, desde fines de marzo a fines de abril último.

El 27 de marzo disertó en el Museo del Atlántico, en Barranquilla sobre: "Don Juan, visto por un hombre de leyes". En los días 30 y 31 de marzo y 1 de abril explicó en la Universidad de Cauca, en Popayán, un cursillo de tres conferencias sobre: "El derecho de castigar y sus negadores", "El homicidio emocional" y "Anotaciones sobre el Código Penal Colombiano". En el mismo centro pronunció una interesante lección de doctrina democrática, al disertar sobre "El porvenir de los poderes del Estado". La Universidad lo nombró profesor honorario, como homenaje a sus altos méritos científicos.

La Universidad Nacional de Bogotá escuchó tres profundas lecciones, expuestas con magistral autoridad ante un público singularmente devoto y numeroso, que colmaba la amplia "Aula máxima" de la Facultad de Derecho. Las pronunció el Sr. Jiménez de Asúa en los días 10, 12 y 13 de abril, sobre los temas respectivamente: "Tipicidad del delito", "Legítima defensa" y "Dolo eventual y delito preterintencional". En el Teatro de Colón y ante un amplio público, que siguió fervorosamente su elocuente y profunda palabra, habló en la tarde del día 11 sobre "Derecho y libertad", que permitió al profesor español estudiar con sagaz penetración las características de la vida política y social contemporánea y ratificar su fe en el porvenir de la democracia social.

Días después pronunció en la Universidad de Medellín un curso de cuatro conferencias sobre la teoría general del delito y se despidió de Colombia con otra admirable disertación pronunciada en la ciudad de Cali. Siguió su viaje, invitado por la Universidad Central de Quito, donde renovó sus resonantes éxitos de Colombia, como maestro del Derecho Penal y adalid entusiasta de la democracia.

Durante su estancia en Bogotá fué muy agasajado por los centros españoles democráticos y por los profesionales del Derecho. Los magistrados y juristas le ofrecieron un banquete en el Restaurant Temel. La Casa de España le hizo objeto de cordial agasajo, con el que inauguró oficialmente su local social. El presidente de la Sociedad, José Prat, pronunció un discurso relativo a la personalidad profesional y política de Jiménez de Asúa y a la significación del centro que comenzaba sus tareas escuchando la docta palabra del ilustre político español. Asúa pronunció un interesante discurso sobre la Constitución de la República Española y el porvenir de la restauración liberal de nuestro país. El escritor José Joaquín Jiménez, uno de los más destacados cronistas bogotanos, publicó en "El Tiempo" una preciosa crónica sobre este acto.

El Ateneo Español, por su parte, dió un vino de honor a Jiménez de Asúa.

También la Embajada del Ecuador ofreció un almuerzo, el día 14 de abril, al profesor español, con asistencia de ilustres personalidades de la política y de la Universidad de Bogotá, y de algunos miembros de la colonia de exilados españoles. El embajador Don Ricardo Crespo Ordóñez pronunció un sentido y elocuente discurso exaltando el sentido liberal de la República española y la personalidad de Jiménez de Asúa, que había de ser próximo huésped de la Universidad de Quito.

Asúa contestó con unas nobles e inspiradas palabras.

LA CASA DE ESPAÑA

A pesar de su poco tiempo de existencia, ya que fué fundada en febrero último, la Casa de España ha realizado una labor entusiasta, de creciente importancia. Ha realizado una decorosa y sencilla instalación, ampliado sus locales y creado una biblioteca, que se nutre rápidamente con las donaciones de los socios y simpatizantes. Tiene también un fondo de solidaridad para ayuda de compatriotas, nutrido de las aportaciones de sus socios.

El 14 de abril celebró una comida de afirmación en su fe republicana y de adhesión a la Junta Española de Liberación. De los discursos pronunciados en ella, se ha publicado el del ilustre escritor colombiano Don Luis Eduardo Nieto Caballero, ya que la ausencia de taquígrafos —nuestro compatriota Don Jenaro Sanz tuvo que ausentarse del local por trabajos urgentes del periódico— impidió recoger el texto de los discursos de Jiménez de Asúa y Prat.

LA PRENSA BOGOTANA Y LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA

Continúa la creciente y sostenida atención de la prensa democrática de Bogotá por los problemas políticos españoles. El escritor "Ulises" desde las columnas de "El Espectador" ha pedido reiteradamente la ruptura de relaciones con el gobierno de Franco. Por su parte "El Tiempo", el gran periódico colombiano, afirma sistemáticamente su fe y su devoción por la restauración democrática de España. Dedicó sus columnas editoriales el día 14 de abril a nuestra República, y ha comentado insistentemente y con fervorosa simpatía hacia nuestra causa los diversos incidentes de la actual política internacional con ella relacionados. Una nota editorial del 18 de abril, titulada "América y España" se refería a los mensajes de Indalecio Prieto y Diego Martínez Barrio al Dr. Eduardo Santos, con motivo de la conferencia de este último en el 14 de abril, y recordaba la conferencia de Prieto en la Unión Ibero Americana de Barcelona en 1938 sobre el auxilio de América a España, ratificando la conveniencia de encontrar medios resueltos de esa ayuda para la restauración de la libertad española.

REVISTA "ESPAÑA" DE BOGOTA

El Ateneo Español ha vuelto a publicar la revista "España", fundada en 1941 bajo la dirección de José Prat. Ahora está dirigida por Gabriel Trillas y han salido a la venta los dos primeros números de su segunda época.

Cuando Franco y Hitler proyectaban la agresión contra Gibraltar

Lo que declararon los republicanos españoles

A fines de julio de 1940, cuando Franco hacía presentar ante los españoles la agresión que los nazis proyectaban contra Gibraltar como una empresa nacional, la Junta Central de "Acción Republicana Española" hizo pública desde México una enérgica declaración, que consideramos oportuno reproducir como comentario a la parte del discurso del señor Churchill dedicado a dicho tema.

He aquí el escrito publicado en aquella fecha por ARE:

LA POLITICA AFRICANISTA DE ESPAÑA

Los republicanos españoles, sin incurrir en el anacronismo de invocar el testimonio de Isabel la Católica ni de pretender resucitar la política de Cisneros —su estadista genial, campeón de la intolerancia religiosa propia de su época—, no se desentendieron nunca de los deberes que imponen la solidaridad geográfica y la afinidad histórica y el servicio de los altos fines de la civilización. La política africanista de España tiene su expresión más noble en las grandes figuras del partido republicano: ya, en el famoso mitin de la Alhambra de 1884, el insigne Carvajal hablaba de la unión natural, fatal, necesaria, entre la España europea y la España tingitana; Costa sostenía que la línea de fronteras que poseímos al otro lado del Estrecho, desde Ceuta a las Chafarinas, nos era tan necesaria y formaba parte integrante de nuestro territorio como la línea estratégica de fortalezas que se extiende por la cuenca del Ebro, desde Monjuich hasta Pamplona; y Castelar, en una memorable sesión del Congreso, hablaba de Africa como de "un sueño ideal en que se junta toda la Península . . . bajo el cielo azul que nos vivifica y nos esclarece", y a los pesimismos de Cánovas oponía su fe en los destinos trascendentales y a larga fecha de Iberia en el Continente Africano. Salmerón, invocando "una tradición como no la puede ofrecer historia alguna, una relación de esas que se contraen en el proceso de la civilización, consagrado por vida secular" señalaba el deber de "volver nosotros a la raza semita lo que de ella hemos recibido en nuestra sangre, la civilización que le hemos debido, para encarnar en ella el genio de la raza aria". Todavía en 1908 el gran pensador y político muestra vigorosamente la ruta de Africa a una opinión distraída o desilusionada, y años después, ya en los penúltimos de la Monarquía, el partido republicano más avanzado y popular de España, con ocasión de un gran acto celebrado en Madrid, reivindicaba a Tánger para la soberanía española. Fué necesario todo el abandono de los gobiernos monárquicos, que a partir de la Conferencia de Algeciras reviste todos los caracteres de una defección histórica, para que la opinión española, solicitada por graves perturbaciones de la política interior, se desinteresase de tan vital problema de orden internacional. A la torpeza e inmoralidad de las oligarquías monárquicas, que degradaron nuestra acción en Marruecos convirtiéndola en una insensata guerra de conquista y en una francachela administrativa escandalosa, con un ejército colonial vivero de intrigas y corrupciones y plantel de generales rebeldes, se debió que la opinión popular, indignada, volviese la espalda a un deber histórico que sólo podía cumplirse con tanto sacrificio como austeridad.

GIBRALTAR, REIVINDICACION HISTORICA

Y no hay que decir que Gibraltar, que mira al Atlas de frente, estribo y atalaya de España en el Continente africano y llave de su ruta, fué siempre para los republicanos españoles una de las grandes reivindicaciones nacionales históricas. La voz tonante de Salmerón clamaba contra "el obstáculo que, con afrenta y mengua, todavía se asienta en el suelo sagrado de la patria". Pero la reincorporación a España de Gibraltar —perdido en una estúpida y odiosa guerra dinástica, en que las armas extranjeras se disputan la soberanía española, al servicio de intereses extraños, los mismos españoles inconscientes o felones que atraen en 1936 la invasión italo-germana— fué siempre dificultada por una política incomprensiva hasta la ceguera y torpe hasta la concupiscencia, que sacrifica los intereses españoles a las maquinaciones de la reaccion europea. Primero, la solidaridad borbónica con el "Pacto de Familia" que nos lleva de desastre en desastre hasta el supremo de Trafalgar, sufrió bajo la mostruosa alianza con Napoleón. Después, la hostilidad de reaccionarios moderados y conservadores a la liberal Inglaterra, hostilidad que culmina en la desaforada violencia de Narváez contra el embajador británico en Madrid. Más tarde, la política de Cánovas, que ya en 1870 proclama con alborozo, desde la tribuna del Ateneo matritense, la supremacía alemana en Europa, y la inconsciencia o la insensatez de unos liberales que nos llevan clandestinamente a la "Tríplice" cuando ya se dibuja "L'Entente Cordiale". Por fin, la neutralidad berroqueña de 1914 a gusto y satisfacción de toda la castiza reacción española y sin más voces autorizadas en contra que las de los tribunos republicanos. Cadena de errores que hizo imposible obtener por la negociación lo que en vano se intentó varias veces alcanzar por las armas. Así se frustró, en el encono sordo e impotente o en la indiferencia desdeñosa, lo que hubiera podido ser una venturosa realidad. La devolución de Gibraltar a España llegó a ser, no sólo propósito secreto de algún clarivcidente estadista inglés, sino objeto de manifestaciones exteriorizadas en la Cámara de los Comunes.

INGLATERRA CONTRA LOS ENEMIGOS DEL MUNDO

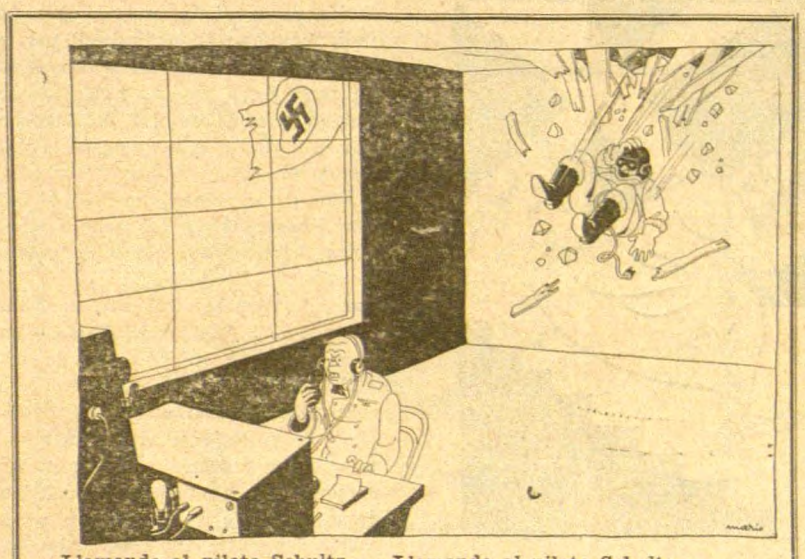
En esta hora trágica en que Inglaterra, convirtiendo en glorioso su espléndido aislamiento de épocas más afortunadas, se enfrenta por sí sola con todos los enemigos de la libertad en el mundo, cree el funesto usurpador de la soberanía española mediante el triunfo, logrado con el auxilio de las armas extranjeras, de una criminal rebelión, que es llegada la ocasión de tomar Gibraltar por la fuerza. En vano se pretenderá hacer pasar por una actitud valerosa y por un gesto patriótico lo que no es sino astucia de la vulpeja que pretende exornarse con la piel y las garras del león. Las razones que mueven al caudillo de la guerra civil, aspirante a la vez ingenuo y tortuoso a la categoría de hombre de Estado, son harto obvias y no requieren grandes esclarecimientos. Es llegado el momento, no de servir a la patria afirmando una reivindicación nacional, sino de pagar la deuda contraída con los dictadores de Alemania e Italia en las horas de sórdida y premiosa colaboración en que se tramaba la traición abominable contra la República Española. Es la clásica diversión estratégica para seducir a un pueblo hundido en la miseria y esclavizado por la tiranía con el espejismo de la gloria militar. Y es la pretensión de dar una justificación histórica, mediante el triunfo de las armas al servicio de una causa nacional aparente, al movimiento faccioso que sólo tuvo por resultado la servidumbre y la ruina de España.

Tremendas podrían ser las consecuencias de llevar a la guerra, en ayuda de Alemania e Italia, a un pueblo empobrecido y desangrado, que necesita ante todo convalecer de los atroces sufrimientos de la lucha civil. Las dilatadas costas indefensas, expuestas desde el primer momento a las represalias durísimas de la armada inglesa. Millares de vidas sacrificadas ante la ingente, sino inexpugnable, fortaleza británica. Y en el caso improbable, por no decir imposible, de triunfo, el sarcasmo de ver ondear sobre el Peñón, tras la problemática y equívoca victoria, no la bandera española, sino el pabellón de las dictaduras extranjeras.

ACCION REPUBLICANA DENUNCIA LA MANIOBRA

"Acción Republicana Española" denuncia a todos sus compatriotas, a los españoles todos, los de allá y los de acá, los que sufren mudez bajo el terror y los que aún conservan una voz libre e independiente en el destierro, la mascarada patriótica con que se pretende encubrir una maniobra fraudulenta contra la libertad de Europa y, por lo tanto, contra la libertad de España. "Acción Republicana Española", evocando la tradición insigne de los gloriosos fundadores del republicanismo español, reivindica a Gibraltar para España, para la España de todos, en que se integran todas las calidades de nuestra raza y todas las esencias de nuestro espíritu. Gibraltar para la independencia española y para la liberación del mundo, y no por medio de la guerra, sino por medio de la paz. No queremos transferir de la Inglaterra liberal a la Italia fascista la portería y custodia del Mediterráneo. No queremos entregar a centinelas nazis el cuidado y vigilancia del Mare Nostrum. No queremos que el "Plus Ultra" de los descubrimientos atlánticos vuelva a ser el "Non Plus Ultra" del lago cerrado y hermético, patrimonio de piratas y condotieros. Queremos Gibraltar para España, no para Alemania e Italia. En 1805 hubiéramos deseado la victoria de Nelson contra Napoleón y en estos momentos, los más críticos en la historia de Occidente, en que Inglaterra asume ante el mundo la representación de la democracia histórica, declaramos paladinamente que estamos con los que luchan por la libertad contra la tiranía, por el derecho de gentes contra el bandidaje internacional.

DIEGO MARTINEZ BARRIO, Ex Presidente de la República; **JOSE GIRAL**, ex Presidente del Consejo de Ministros; **ALVARO DE ALBORNOZ**, Ex Presidente del Tribunal de Garantías Constitucionales; **J. FRANCHY ROCA**, Ex-Ministro; **F. GORDON ORDAS**, Ex Ministro; **SEBASTIAN POZAS**, Ex-Ministro; **ROBERTO CASTROVIDO**, publicista.



Llamando al piloto Schultz . . . Llamando al piloto Schultz . . .

Penoso Accidente

DON PEDRO BOSCH GIMPERA, GRAVEMENTE HERIDO

El Vice-Presidente del Consejo Técnico de la Junta Española de Liberación, D. Pedro Bosch Gimpera, sufrió el viernes 26 del pasado, un grave accidente, cuando visitaba, con sus alumnos de la Escuela Nacional de Antropología de México, el histórico pueblo de Tepotzotlán, donde se realizan importantes excavaciones y se halla, como es bien sabido, una de las más interesantes iglesias de Nueva España, rica en retablos de un barroco colonial exuberante, que el arte indígena ha entroncado con maravillosas tallas mexicanas, revestidas de gruesos panes de oro.

El ilustre etnógrafo y Rector de la Universidad Autónoma catalana perdió pie en los últimos peldaños de la ruinosa escalera del campanario de Tepotzotlán, fracturándose el frontal en las órbitas y ambos brazos a la altura de las muñecas. En una ambulancia de la Cruz Roja fué conducido al dispensario de las calles de Durango y Monterrey y quedó hospitalizado en una clínica de la calle de Ignacio Mariscal, asistido por los doctores D'Harcourt y Aguadé.

Afortunadamente su mejoría aleja los temores que la gravedad de sus lesiones y la conmoción cerebral que le afectó, justificaron en los primeros momentos.

Con motivo de este desgraciado accidente, centenares de personas, de la emigración republicana y de la intelectualidad mexicana han testimoniado su simpatía al último Consejero de Justicia de la generalidad de Cataluña, cuyo restablecimiento deseamos muy cordialmente.

Solidaridad con la Junta Española de Liberación

La Junta Española de Liberación ha recibido los siguientes mensajes:

Los Republicanos y socialistas residentes en Acapulco exteriorizamos el dolor que nos produjo el discurso de Churchill. Millones de españoles muertos en defensa de la democracia universal, no merecían este atentado a su memoria. Hoy renovamos ante esa Junta nuestra solidaridad con la línea política que tan gallardamente observa para honra de España y ejemplo del mundo.—Miguel Muñoz; Francisco Torquemada.

EL DR. AURELIO ROMEO

Monterrey. N. L.

Violentamente indignado contra los que, desconociendo los eminentes servicios prestados por el pueblo republicano español a la causa de las democracias en lucha contra el fascismo internacional, tienen la avilantez y el descoco de adular, ofrecer respeto y aun ayuda al traidor máximo de España, felicito calurosamente a la Junta Española de Liberación por el digno y valiente manifiesto publicado protestando del discurso de Churchill, propio de los que contribuyeron eficazmente dentro de los países democráticos a la derrota de la República Española y pretenden continuar engañando a pueblos y juventudes para perpetuar su política imperialista y capitalista.—Cordialmente. Dr. Aurelio Romeo.

PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL

Distinguidos señores y amigos: Lamentamos profundamente el último discurso del primer ministro británico, Winston Churchill, que revela una absoluta incomprensión de los problemas de España y significa una ofensa al pueblo español. Sin embargo, las palabras de Mr. Churchill no nos han producido ningún desaliento, ni amenguan en nosotros la resolución de luchar, sin transigencia alguna, hasta conseguir la restauración de la República.

Con tal motivo, reiteramos nuestra adhesión a esa Junta como expresión autorizada de aquella voluntad, y hacemos constar nuestra entera conformidad con la briosa respuesta dada públicamente al discurso de mister Churchill.

Con todo afecto les saluda: Por la Comisión Ejecutiva del PSOE, Manuel Albar, secretario.

Los Profesores Republicanos se dirigen a Churchill

Un grupo de profesores republicanos españoles ha dirigido a Mr. Winston Churchill, con motivo de su último discurso, el siguiente comunicado:

"Winston Churchill, Downing St. Londres. Profesores universitarios españoles ausentes de su patria por crueles e implacables persecuciones del régimen del general Franco y por imperativo insobornable de su propia dignidad en servicio de los valores morales que las Naciones Unidas defienden con las armas, siéntense dolorosamente decepcionados por último discurso de vuecencia, ardiente detractor de la No Intervención y esperan confiados triunfo inmediato libertad de pueblos y fracaso definitivo de tiranías y apaciguamientos. "Ignacio Bolívar, catedrático jubilado de Entomología de la Universidad de Madrid, director del museo de Ciencias Naturales y presidente de la Junta para Ampliación de Estudios; Cándido Bolívar, catedrático de Entomología; Manuel Márquez, catedrático de Oftalmología y decano de la Facultad de Medicina de Madrid; José Giral, catedrático de Química Biológica de la Facultad de Farmacia de Madrid y rector de aquella Universidad; Francisco Giral, catedrático de Química Orgánica en la Universidad de Santiago; Blas Cabrera, catedrático de Electricidad y Magnetismo en la Facultad de Ciencias de Madrid y rector de aquella Universidad; Alejandro Otero, catedrático de Ginecología y Obstetricia y rector de la Universidad de Granada; Agustín Millares, catedrático de Paleografía y Latín medieval en la Facultad de Madrid; Pedro Bosch Gimpera, catedrático de Historia Universal y rector de la Universidad de Barcelona; Joaquín Xirau Palau, catedrático de Lógica y decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona; Mariano Ruiz Funes, catedrático de Derecho Penal y vicerector de la Universidad de Murcia; Manuel Sánchez Sarto, profesor de Economía en la Facultad de Derecho de Barcelona; José Torreblanco, profesor de Ginecología y Obstetricia en la Facultad de Madrid; Manuel Rivas Cheriff, profesor de Oftalmología en la Facultad de Madrid; José de Benito, catedrático de Derecho mercantil en la Facultad de Zaragoza y Vicente Herrero, profesor de Derecho Político de la Facultad de Madrid.